

CRISTIANDAD

Año XXV - N.º 447

BARCELONA

MAYO 1968

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

LA PACIENCIA TIENE LIMITES
Jean Danielou

EL APOSTOLADO DE MARIA
José Luis González Aullón

LA VIRGEN Y EL AMOR
Angela Volpini

MARIA, DON DE DIOS
José M.ª Pettit Sullá

EN LA ESCUELA DEL P. ORLANDIS
Un Discípulo

**VINDICACION DE LA VIDA
RELIGIOSA EN EL CONCILIO
VATICANO II**
Roberto Cayuela, S. I.

SABER LLEVAR LA CRUZ
Severiano del Páramo, S. I.

**PUNTUALIZACIONES: ANTE LOS
AVATARES DE LA HORA ACTUAL**
Melchor Pelegri, Pbro.

**EN LA TEOLOGIA
DE LA HISTORIA:
X - FRANCIA «LA FILLE AINÉE»,
«LA SOEUR AINÉE» - RESUMEN
DEL MUNDO**
Luis Creus Vidal

**«LO QUE NO HA DICHO
EL CONCILIO»**
Arzobispo de Valencia

«EL SILENCIO DE DIOS»
M. de A.

**ANTONIO PEREZ DE OLAGUER,
UN HOMBRE DE BIEN**
Francisco Salvá Miquel

**PASTORAL
DE LOS OBISPOS ALEMANES**

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 2212775

**ADMINISTRACIÓN:
Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46**

Director: Fernando Serrano Misas

LA PACIENCIA TIENE LIMITES

Una de las formas más sutiles de cierta perversión moderna de la inteligencia es la inversión que consiste en presentar el bien moral como un conformismo social. Serán considerados como héroes del día los que se rebelan contra los valores recibidos. Y por el contrario serán denunciados como inauténticos aquellos que los respetan. De este modo acusaban los fariseos a Jesús de ser satánico: de este modo presentaban el bien como mal y el mal como bien. Esto suscitó por parte de Cristo una violenta reacción, una ira santa. Cristo denuncia esta actitud como el pecado que no se perdona, el pecado contra el Espíritu Santo. No han de entenderse tales palabras en el sentido de que este pecado no pudiera ser perdonado. Cualquier pecado del que se sienta arrepentimiento puede ser absuelto. Pero este pecado es particularmente imperdonable: el que consiste en pervertir. Nada repugnaba tanto a Cristo como este pecado: "es mejor —dice— a los que corrompen a los niños, que se aten al cuello una piedra de molino y se arrojen al mar". Tal inversión de valores, tal modo de presentar como auténtico lo que es malo y como sospechoso lo que es bueno, es algo a lo que los jóvenes son terriblemente vulnerables.

Daré un ejemplo. Se presentará la certeza como la expresión de una sospechosa necesidad de seguridad y se exaltará la duda como el criterio de la existencia auténtica. Pero es falso que la duda radical sea la expresión misma de la autenticidad de la inteligencia. Al contrario, es una perversión. La ciencia repropone y nunca la pone todo en duda. Pone en duda hipótesis pasadas para sustituirlas con hipótesis de las que conoce más datos. Pero no pone nunca en duda los datos mismos. O sea que es puesto en duda un astrónomo, pero no la existencia de los astros. La teología procede del mismo modo. Tiende a aproximaciones cada vez más cercanas al dato de la Fe. Y es en este sentido en el que presenta una problemática. Pero no pone en duda el dato de la Fe, lo cual sería negar su objeto. En el orden mismo del desenvolvimiento, hay para toda ciencia cosas adquiridas, de las que no se discute.

Respecto a este clima, los cristianos son muchas veces pusilánimes y cómplices. No se puede por menos de escandalizarse por el modo con que ciertas revistas y periódicos católicos tratan de las películas, las novelas, sin subrayar

claramente los problemas morales que presentan interesándose exclusivamente de sus valores artísticos. Y aun este criterio es más producto de la moda del día que de la genialidad de la producción. Creo que difícilmente una obra genial pueda no ser la expresión de una humanidad en sí misma genial, o sea, rica de autenticidad. Con los errores no se harán nunca auténticas obras maestras humanas. No se pueden citar realizaciones supremas del genio humano en el orden de la música, de la pintura, del teatro, que no sean al mismo tiempo la expresión de una gran profundidad y autenticidad humanas.

Si no es la complicidad es el retraimiento. Siempre es posible retirarse a una torre de marfil cada vez más ilusoria, pero hoy es imposible colocarse al margen del ambiente en que se vive. Con la televisión, con la radio, están todos los clamores "de los de fuera" que penetran en el ambiente mismo de la familia. La posibilidad de un cierto santuario existía y se podía defender aún en el siglo XIX. Había entonces ambientes que conservaban un conjunto de juicios y costumbres. Esto va siendo cada vez más difícil. Mediante lo que leen, mediante los compañeros que frecuentan, mediante toda la atmósfera en la cual están inmersos los jóvenes no pueden sino respirar este clima. ¿Ha de decirse que la partida se ha perdido? Ciertos cristianos lo piensan así. Consideran que es preciso aceptar la desaparición casi masiva de la fe y la moral cristiana juzgando que de hecho será sólo patrimonio de alguna pequeña élite. Este es el argumento que he querido para mi libro: **La oración, problema político**, cuyo título es paradójico, pero que significa que hoy es imposible disociar los problemas de vida personal de los problemas cívicos.

Existe una tercera forma de pusilanimidad acerca de los cristianos: el respeto humano. No se quiere tener el aire de no estar al corriente de todo y no se tiene el valor de decir lo que se tiene en el fondo del corazón. Por el hecho de que tal periódico, tal revista, hace el elogio de tal film, no se tiene el valor de decir que este film es humanamente odioso y no nos proporciona emociones elevadas. Existe una pusilanimidad de criterios cristianos, producto más o menos de la connivencia. En la república de los cameramen no se quiere el ambiente de que intervienen valores de fe y de moral. Esto trae prácticamente a un abandono masivo que no puede menos que dejarse sentir. De un año a otro se va más allá y se acaba preguntándose qué quedará que no pueda representarse en el cine.

Son hechos que deberían suscitar reacción de cólera. En realidad somos engañados, embrollados. Se burlan de nosotros y por razones no respetables. Porque dichas razones son en gran parte razones de dinero. Existe una especie de rivalidad que se apoya en el hecho de que para forzar la atención se debe ir más allá de todo lo anterior. Hemos llegado a tal punto que

es una cuestión de vida o muerte por el mínimo de juicio intelectual y de vida moral a la que se remite la fe. Estamos —y peso mis palabras— en el tiempo de la cólera. Existe un modo de soportar indefinidamente sin protestar nunca que parece, en un momento dado, el equivalente al suicidio. Es curioso ver que aceptamos la cólera en todos los campos menos en éste. En una época de reivindicaciones en todos los sectores, no hacemos nada en el campo que he descrito. Sin embargo, algo se puede hacer, porque es seguro que habrá reacciones sanas, particularmente en el pueblo que, en el fondo, permanece más sano que la parte intelectual. Ello sería perfectamente posible si tuviésemos el valor de obrar en sentido contrario, y protestar.

Si me expreso de tal modo se debe al hecho de que pienso hay una cierta salud, una cierta vitalidad que podría restituír a los jóvenes la fe que están en vísperas de perder. Hay una posición que es siempre peligrosa: la de defender los bastiones que están a punto de ser demolidos. Sólo las posiciones de franca defensa son capaces de suscitar el entusiasmo. Además, si estas posiciones son constructivas, si se trata de una voluntad renovadora en el sentido más perfecto de la palabra, o sea, una voluntad creadora del porvenir que rechaza abandonarse indefinidamente a una decadencia iniciada, entonces se convierte en causa que puede apasionar a los jóvenes, porque es necesario que los jóvenes se apasionen. Pero no se apasionarán por motivos que les excluyan de los problemas actuales.

Es necesario no olvidar que aquellos viejos cristianos que estuvieron en el origen de nuestra civilización, se encontraron en un ambiente que bajo muchos aspectos se parecía al nuestro. La descripción que San Pablo hace del mundo pagano recuerda bastante la que —como ejemplo, la de Francia— nosotros podríamos hacer del París de hoy. Pero todo el mundo es igual... ¿Cuál fue la posición de aquellos cristianos? Fue sencillísima. En primer lugar: permanecer allí. Decía Tertuliano: no nos retiremos, aunque les irrite con nuestras repulsas. Nosotros aceptamos todo lo bueno que tenéis. Nosotros somos absolutamente iguales que los demás. Pero hay una cierta cantidad de cosas a las que decimos NO. Y por el hecho de que en esta pugna los cristianos permanecieron fieles a esta posición durante tres siglos, en un momento dado la atmósfera cambió totalmente y de este mundo en que la vida cristiana era posible sólo para algunos, a un mundo en el que era posible a un pueblo cristiano abrirse, no a un mundo sin pecado, pero sí a un mundo de Fe. Y este mundo ha existido durante siglos. Hoy, volvemos en cierto sentido al mundo pagano anterior. Ello impone que tengamos la actitud de aquellos primeros cristianos cuando se encontraron en semejante situación.

Jean Danielou

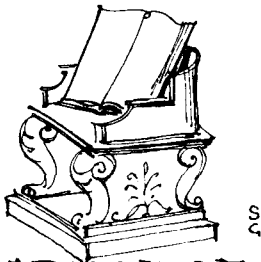
("L'Ossevatore Romano", 6 abril 1968)

EL APOSTOLADO DE MARIA

STELLA
MATUTINA

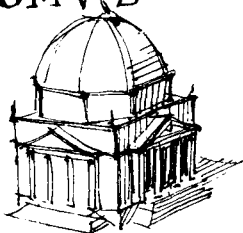


SEDES



SAPIENTIAE

DOMVS



AVREA

TURRIS



DAVIDICA

Desde que María existía en la mente de Dios, ésta era su trascendental misión: aplastar la cabeza de la serpiente, ser la eterna y poderosa enemiga del enemigo de Dios y de la humanidad. Por eso Satanás la teme más que a ninguna otra criatura desde que se vio humillado y vencido por su Concepción Inmaculada; Lucifer derrotado por una humilde criatura humana. Pero en los planes divinos no cesa aquí la misión de María. Todavía Ella, Ella misma, ha de aplastar la cabeza de la serpiente después de esta implacable lucha que ha de durar hasta el fin de los tiempos.

María, gloriosa y triunfante en el cielo, intercede ante el Señor por todos aquellos, sus hijos, que en este mundo luchan bajo su manto. Ella derrama la gracia divina, gana batallas, elimina peligros, convierte a las almas. Ella es el guía seguro que nos llevará a Cristo, porque, así como Cristo vino a los hombres por María, por María deben los hombres llegar a Cristo; y, como dice San Luis María Grignon de Montfort, "ya que Ella es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando Éste venga la segunda, aunque de diferente manera" (1). Y es que esta encarnizada lucha ha de acrecentarse forzosamente al final de los tiempos, de modo que cuando Satanás lanza su ofensiva final, debe crecer en mayor proporción el poder de María hasta que llegue a derrotarle definitivamente. Oigámoslo a S. Luis María G. de Montfort: "Pero el poder de María sobre todo los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos, en que Satanás pondrá asechanzas a su talón, es decir, a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, que Ella suscitará para hacerle la guerra. Serán pequeños y pobres, según el mundo, y rebajados ante los otros como el talón, hollados y oprimidos, como el talón lo es respecto a los demás miembros del cuerpo; mas, en cambio, serán ricos de las gracias de Dios, que María les distribuirá abundantemente, grandes y exaltados en santidad delante de Dios, superiores a toda criatura por su celo inflamado y tan fuertemente apoyados en el socorro divino, que con la humildad de su talón en unión de María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo" (2).

Éste es el apostolado de María de los últimos tiempos. Ella se dispone por fin a aplastar la cabeza de la serpiente. De este apostolado personal y directo de la Virgen María tenemos muestras evidentes en los siglos que nos preceden. Ella misma ha venido a la tierra para conquistar almas, hijos suyos predilectos, "pequeños y pobres, según el mundo", pero que con Ella, y por Ella escogidos, formarán ese victorioso talón, "al que Satanás pondrá asechanzas".

María se ha manifestado a los hombres como mensajera de Dios para decirnos qué armas hemos de utilizar en la batalla final: oración y penitencia, y para aprestarnos a luchar: el enemigo gana terreno, los hombres se pierden...

Muchas son las apariciones de María y no podríamos relatarlas todas: París 1830, La Salette 1846, Lourdes 1857, Pontmain 1871, Fátima 1917, Beauraing 1932, Banneux 1933, el Bocco 1948, aparte del milagroso llanto de la Virgen en Siracusa. Todas responden a una misma idea, María viene a decirnos cuál es el mal y cuál el remedio para nuestros tiempos. Nos alienta, nos consuela, nos enfervoriza y nos promete su asistencia. No desoigamos su llamada. Nos expondríamos a ser sorprendidos por el fragor de la batalla o a no participar en la victoria si no luchamos para conseguirla.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ AULLÓN

(1) Tratado de la verdadera devoción. Obras de S. Luis María G. de Montfort. BAC, n.º 111.

(2) Op. cit., pág. 470.

LA VIRGEN Y EL AMOR

(Conferencia autorizada por la Jerarquía eclesiástica y pronunciada por *ÁNGELA VOLPINI*, la vidente del Bocco, en el salón de actos de la Balmesiana de Barcelona, el 4 de abril de 1968.)

Agradezco el haber sido invitada a vuestra tierra de Santos y de devotos de María para hablaros de "LA VIRGEN Y EL AMOR".

Me siento inundada de alegría porque hasta ahora he hablado siempre del amor y de la Virgen; será como hablaros de mi vida, de mis esperanzas y del esfuerzo continuo que hago para convertir mi vida, cada vez más, en una donación como la exige el Amor.

Creo y espero que también vosotros dividáis mis certezas:

— El hombre nace del Amor y para el Amor.

— El amor no sólo explica el origen del hombre, sino que le permite también ser consciente de las razones últimas de su vida.

— La Virgen María, sueño eterno de la mente divina, es el centro materno del universo, es el ideal al que aspira sin descanso cada hombre, porque María ha alcanzado el Amor, lo ha hecho suyo, lo ha conservado dentro de sí y en ella lo ofrece a todos los hombres haciéndoles posible la felicidad que sólo se halla en la posesión del Amor infinito.

I. EL AMOR

a) ¿Qué es?

El amor que es una relación armoniosa con otro ser entraña esencialmente el don de sí mismo, sin pretensiones de interés o de recompensa.

Esfuerzo profundo de entrar en comunión con el Creador a través de la criatura.

Aceptación de sí mismo como criatura que tiene que colaborar con el Creador en el proceso continuo de la creación.

Comprensión y compasión de toda la evolución que se libra en el hombre, y hasta en las cosas, para ser aquello a lo que cada ser está llamado, es decir, para ser el "UNO".

El amor es además docilidad, disponibilidad frente a Dios en humilde servicio al hombre.

El amor ofrece por lo mismo el máximo de bien sin imponerlo, precisamente porque reconoce en la libertad del hombre el signo de la realidad que Dios ha impreso en su ser y que se goza en respetarla en señal de obsequio a Dios.

El amor lo acepta todo como un don y, por tanto, acepta cada cosa como valor de amor.

Y sobre todo acepta al hombre tal cual es sin pretender cambiarlo según sus propias preferencias.

Pero lo acepta como Dios acepta a cada uno de nosotros, aun deseando, sin duda alguna, el mayor bien para cada uno de nosotros. Por eso el amor nos obliga a permitir al hombre escoger el infierno aun siendo invitado por Dios al Paraíso.

El amor es alegría de vivir, posesión de las cosas, sed de Dios.

Es un largo y ancho abrazo con el universo, dentro del cual y más allá del cual está Dios esperándonos.

Es el espíritu que hace al hombre, Dios como la levadura convierte la harina en pan.

b) Dónde nos empuja el amor

El amor empujándonos hacia todas las cosas (creadas) en el orden de su (natural) importancia, nos lleva a Dios.

Puesto que la Redención es amor y todas las cosas han sido redimidas junto con el hombre, el amor debe abrazar todas las cosas aunque —en obsequio a su dignidad— tenga que ser medido en relación del hombre con los demás hombres y de Dios con el hombre.

Pero el amor nos debe empujar sobre todo y cada vez más hacia el hermano, para cumplir el mandato del Divino Maestro, esencialmente necesario para quien quiera ser su discípulo.

El intercambio personal del amor queda incompleto si no procura en unión con todos los demás hombres de buena voluntad, construir para cada persona un ambiente nuevo donde la convivencia sea el fruto que brota del amor.

En este intercambio lo que arranca del ambiente personalista para llegar a la comunión con toda la comunidad a través de la cual el amor será libertad, desarrollo integral del hombre, justicia.

El que ama de verdad no puede saciarse con su comunión individual con Dios y con su esfuerzo personal para llegar a una relación humana en el amor, sino que debe sentir el tormento universal y, sobre todo, el de los más pequeños, quienes por tantas razones no son siquiera capaces de este esfuerzo personal ni de alcanzar la comunión individual con el Amor.

c) El amor a los pequeños

Los más pequeños son los ignorantes y los imposibilitados de acceso a la cultura:

— los pobres a quienes falta incluso el tiempo

para pensar en su fin puesto que, al faltarles el pan, su fin inmediato es la muerte.

— quienes carecen de libertad para decir lo que sienten y lo que quieren (en el ámbito de sus elecciones fundamentales), o sufren bajo la injusticia y son congelados por el egoísmo humano en una situación de esclavitud incluso después de 2.000 años del anuncio de la Buena Nueva.

— quienes comprendiendo las palabras del Divino Maestro acerca del derecho del hombre al amor como derecho a su liberación total, luchan, bajo las persecuciones, para poder realizar el mandato de amor de Cristo y conseguir su felicidad terrestre y celeste.

— quienes sufren físicamente y, aún más espiritualmente, la falta de nuestro amor, de nuestra comprensión, de nuestra compañía, de nuestro perdón.

Nosotros debemos ayudarles a crecer, para que también ellos puedan amar.

Nuestro amor que se preocupa de sus problemas es lo único que les puede ayudar de verdad.

¿Cuáles son los problemas de los pequeños?

Es el mismo Cristo quien nos lo dice en el juicio final: **los mismos problemas humanos.**

Es a estos problemas a los que nuestro corazón debe hacerse sensible.

Los pequeños no tienen otra medida para amar que la medida concreta de sus necesidades; sólo si nuestro amor se inclina hacia éstos, sus problemas podrán elevarse a la completa comprensión del amor.

Y de este modo será el amor el único que podrá una vez más rescatar la materia, la animalidad instintiva; es decir si el amor se hará humano y buscará pacientemente, por decirlo de algún modo, de "materializarse" para resolver los problemas de los pequeños.

Podremos proclamar el amor al mundo sólo si nos empeñamos, no individualmente sino como comunidad de creyentes, a resolver los problemas humanos de estos pequeños.

¡Cuántos pequeños existen en el mundo ignorados por nosotros! Y este ignorar los pequeños que Cristo nos ha dado, es lo que escandaliza al mundo y lo que puede perdernos.

II. MARIA Y EL AMOR

a) Se da el Amor:

Antes de nada se hace completamente disponible al designio salvífico de Dios, no sólo como persona individual, sino como síntesis personal de la misma humanidad en su deseo de redención.

No sólo ofrece al Redentor su seno virginal, de dimensiones sin fronteras, sino que quiere la Redención por impulso de su amor hacia todos los hombres.

Por esta razón es Madre espiritual de los hombres y por la misma razón su maternidad espiritual y por tanto precede, en cierto modo, a su misma maternidad divina.

A través de su donación perfecta a Dios, María ofrece a la naturaleza humana la posibilidad de unirse con la naturaleza divina, es decir, de llegar a su fin último.

Desde entonces, todo hombre que toma conciencia de su finalidad recibe de María la fuerza de entrar en comunión con Cristo y por tanto con Dios.

María, ofreciéndose a la voluntad del Padre por una explosión de amor infinito hacia la humanidad necesitada de redención, no sólo restablece el puente entre la humanidad y Dios, sino que funde, juntos, a Dios y a la humanidad reuniéndoles en la única persona de Cristo.

A través de Ella, la humanidad hace posible a Dios la redención porque se da a sí misma; es decir, esta humanidad que a través de Cristo puede ser inmolada en su persona divina.

Para que nosotros podamos ser redimidos debemos alcanzar la dimensión de amor que hizo posible la redención.

Pero, del mismo modo que María para obtener la redención puso sus ojos en los hombres sintiéndose una sola cosa con ellos y ofreciéndoles en sí misma al

Verbo del Padre, así también nosotros debemos mirar a los hermanos sintiéndonos una sola cosa con ellos, si queremos aplicar a nosotros y a los demás los frutos de la redención.

Es el amor lo que hace que Dios esté presente: donde está el amor está Dios, porque Dios es el Amor.

El Amor de María debió alcanzar la misma palpitación del amor de Dios ya que Dios se hizo una sola cosa con Ella y Ella con Dios.

Sólo el amor permitirá a cada uno de nosotros convertirnos en María, puesto que ofreciéndonos al Amor concebimos en nosotros el amor mismo de Dios, es decir a su Cristo.

Ahora bien, todos nosotros estamos llamados a convertirnos en Cristo. Y como María es el modelo más perfecto del Amor, para imitarla debemos conocer su modo de amar a Dios.

b) María recibe el Amor

1. En la Anunciación:

"Hágase en mí según tu palabra".

María encuentra en las exigencias radicales de su naturaleza femenina la capacidad de amor, porque encuentra, como exigencia radical de su naturaleza, el impulso de darse.

Escuchando la palabra de Dios que le transmite el Angel, halla el medio para actuar ésta su capacidad fundamental y satisfacer ésta su exigencia radical de adhesión a Dios hasta identificarse con El en el cumplimiento de su designio eterno de salvación universal.

La centella de su amor virginal entra en la estela luminosa de la llama del amor mismo del Espíritu Santo: en adelante el amor de María tendrá el carácter de la intimidad y de la eficacia del amor mismo de Dios que

llegará a todas las criaturas a través de la centella radiante del amor de María, inseparable ya de su Amor divino.

Ella seguirá a su Hijo perseverando conscientemente en su donación total hasta desaparecer para que ya sólo brille el sol de su Amor.

Para María cuenta sólo amar, es decir, inmolarse a sí misma por los hombres, ofrecer a los demás a Aquel que es su misma vida entregada por nosotros.

Desde entonces habla poco y cada vez menos: es Cristo el único Maestro que debe hablar para hacernos escuchar la Buena Nueva y, la Buena Nueva, no es otra cosa que el mandamiento nuevo, la proclamación y la exaltación del Amor, presente entre los hombres gracias y a través de María.

2. En las bodas de Caná.

"No tienen vino..." "Haced lo que El os diga".

Estas son las solas y pocas palabras que revelan la persona, la misión y el amor de María, trascendiendo el significado inmediato de la petición a Cristo y de la acción de los servidores.

En efecto, era sólo a los hombres y no a Cristo a quienes podía y quería revelar su misión de transformar a los hombres, desde el interior empujándoles y guiándoles al bien: "Haced lo que El os diga"; desde el exterior, por decirlo así, obteniéndoles de Cristo lo que por ellos mismos no hubiesen sido capaces de conseguir: "No tienen vino".

Es como si hubiese querido decirle a Cristo: Hijo primogénito de mi amor: mi vocación es de introducirte lo más pronto posible en el mundo para que el hombre, incendiado de amor, se haga hijo de Dios.

El vino te lo pido como símbolo de Ti, Amor, porque sólo a través de este divino amor lo que es humano se transformará en divino...

Es como si hubiese querido decir a los servidores: hijos de los hombres, sólo a través de vuestra obediencia a la voluntad de Dios, es decir, el cumplimiento de su mandamiento nuevo, mandamiento de amor, podéis unirnos a Cristo y ser maravillosamente transformados de humanos en divinos, de siervos en hijos, precisamente como el agua que, por fuerza de su mandato divino, se transforma milagrosamente en vino.

3. En el Calvario

María continúa hasta el Calvario creciendo con la máxima perfección en su "fiat".

En efecto, en la inmolación cruenta de la humanidad de Cristo en el Calvario, ella consume en la unión más perfecta con el Espíritu Santo —es decir por amor— el aspecto humano de su maternidad en el triunfo del aspecto divino, es decir, espiritual.

No le quedaba más que proclamar al mundo su maternidad en el espíritu hacia todos aquellos por quienes Ella había consumado su maternidad en el cuerpo, o sea hacia todos los hombres, representados por Juan como modelo.

4. En Pentecostés.

María, habiendo "consumado" su unión con el Espíritu Santo en el Calvario no podrá ya separarse de El y tendrá sus mismas dimensiones: Donde quiera que esté el Espíritu allí estará la Mujer; donde quiera que estará la Mujer allí estará el Espíritu; donde quiera que esté la Mujer allí se extenderá el Pentecostés; donde quiera que llegue el Pentecostés allí estará presente la Mujer que desatará de su seno los hijos de la nueva humanidad, fruto de la perfecta adhesión a la palabra viva y vivificante de Dios.

Por eso María resume en sí toda la historia de la nueva humanidad: todas las lágrimas, todos los sufrimientos, todas las esperanzas, todas las súplicas de la humanidad se dan cita por voluntad de Dios en el corazón virginal y materno de María y se levantan por encima de los cielos alcanzando a Cristo y por Cristo al Padre, fin último de todas las cosas.

Para los hombres, pues, María es el camino nuevo, la nueva esperanza, más aún, la primicia de los nuevos cielos y la nueva tierra. Su función femenino-materna personifica la acción del Espíritu Santo y constituye su signo típico.

María entera, alma y cuerpo, manifiesta, ejemplarmente, la obra del Espíritu Santo en el mundo; brilla como realización ideal de nuestra colaboración con Dios, en la obra de la restauración del mundo.

c) Da el Amor al mundo

Así comprendemos cómo la vocación de María sea la de transmitir a los hombres el Amor, y cómo su misma voluntad sea la de pedirlo incesantemente a Dios para poder darlo a los hombres.

En ella, los hijos de los hombres se encuentran con el Hijo de Dios.

Todos los hijos de los hombres para llegar a la salvación, necesitan ser acompañados e incluso llevados por quien ha conseguido ya la salvación y tiene una mano que ofrecerles para sostenerles en su camino.

Ahora bien, en ningún corazón humano se puede confiar tanto como en el corazón de una madre en ninguna madre se puede confiar como en la Madre espiritual de los redimidos, sobre cuyo corazón puede descansar todo hombre cansado por el esfuerzo de su quehacer, recuperar la confianza en sí mismo y continuar el camino, excusado en su fragilidad, no herido en su orgullo, no disminuido en su dignidad, no acusado por su debilidad porque es como abandonarse sobre el corazón de una madre que es de su misma raza y al mismo tiempo de la raza de Dios.

María responde a todas éstas y a las demás exigencias humanas en el logro del fin último del hombre.

Suavemente, delicadamente, amorosamente nos coge de la mano, nos conduce a las cosas esenciales de nuestra vida, nos hace descubrir la naturaleza del verdadero amor como don de sí a los hermanos nos ayuda a ser conscientes de la comunión sustancial que une

Dios a los hombres y a los hombre entre sí en Dios.

Toda ansia de bien que madura en el hombre es como una siembra suya en nuestra naturaleza; cada problema que surge en nosotros y nos empuja a la búsqueda de la verdad es por Ella estimulado.

A nadie como a Ella interesa el crecimiento de sus hijos en Cristo ;el afirmarse de sus hijos en la vida, es decir en el mutuo amor fraterno, su salvación y el cambio de su vida. Es una tierra nueva que Ella quiere crear para los hombres nuevos nacidos del amor.

A nadie como a Ella le urge el que seamos felices ya en la tierra. Además de salvados para la vida del cielo, quiere a sus hijos intelectualmente desarrollados como perfectos conocedores de los valores de los afectos humanos, ricos de pan, de paz y de justicia para los más miserables.

Ella desea enjugar toda lágrima nuestra porque junto a la cruz de su Hijo ha llorado por toda la humanidad: desea que superemos cada una de nuestras debilidades, que derrotemos el dolor, el pecado y la muerte; que pongamos fin a todas las guerras, que se mande a los jóvenes a construir leprosarios y a reconstruir países terremotados y a enseñar el abecedario en los países subdesarrollados, que se crea en la Iglesia y sobre todo que amemos.

Lo que Ella desea para nosotros lo pide a Cristo y de Cristo lo obtiene para nosotros siempre que nosotros lo queramos con Ella.

La obra del despertar espiritual exige nuestra colaboración como la Encarnación exigió el consentimiento de María.

Por eso la Madre vuelve periódicamente a visitar a sus hijos y les pide que sean buenos porque sólo siendo buenos se es feliz en la tierra y se obtiene el cielo.

Todo lo que llena nuestra vida, y que no podemos enumerar, lo ha hecho y lo sigue haciendo la Madre divina por nosotros.

María en la vida del cristiano es su esperanza, más aún, la sustancia para convertirse en Cristo.

Dios mismo la ha creado molde viviente de los cristianos, la que transforma por su potencia natural, potencia de gracia y potencia de gloria, los hijos de los hombres en hijos de Dios, con toda la dulzura de su maternidad, con toda la fuerza de su feminidad.

Puesto que nuestra vocación natural y sobrenatural consiste en adherir plenamente el designio salvífico divino, María nos ayuda a realizar plenamente nuestra vocación.

Que el "fiat" de la Virgen sea repetido y mantenido con perseverancia por cada uno de nosotros.

III. LA LLAMADA

A vosotros, devotos de María

¿Estamos dispuestos a despertarnos?, ¿a recoger la invitación materna que María nos hace a cada hombre y el poderoso empujón hacia adelante que da al mundo entero?

¿Estamos dispuestos a amar y a dejarnos conducir por el amor para transformar la tierra, las estructuras sociales, los modos superados de convivencia social, las leyes inhumanas, las injusticias, los derechos de opresión?

El amor tiene que hacernos salir de nosotros mismos y poner sobre nuestros hombros los problemas de toda la humanidad, los derechos de todos los hombres; y como la naturaleza del hombre y el carácter del cristiano lo ordenan al servicio, se deduce que nuestro primer deber es tentar con todas nuestras fuerzas a resolver estos problemas y reconocer estos derechos, para que el cristianismo supere el aspecto individualista de la perfección y empiece a vivir el aspecto comunitario.

La vocación del hombre consiste en conocer lo que

él es y en actuar este su ser; la vocación de la humanidad es la de saberse "UNO".

El amor condujo a María a ser la Madre de Cristo para la regeneración de los hombres, del mismo modo el amor conducirá a los hombres a ser Cristo (si ellos lo quieren, por supuesto) en la unidad por la cual, El rezó tan intensamente al Padre.

A los hijos de España

Pueblo de España que tanto amas a la Virgen, estás llamado a realizar lo que la Virgen desea en nuestro tiempo.

El mundo os contempla y vuestra responsabilidad frente al mundo es enorme: no podéis escandalizar al mundo.

Es preciso que vuestra elección sea la elección de María.

María escogió el Amor.

Me han dicho que España es un pueblo de teólogos: cosa que me encanta, pero que al mismo tiempo aumenta vuestra responsabilidad.

SPECULUM



IVSTITIÆ

SC

María, don de Dios



En el discurso de clausura del Concilio Vaticano II, Paulo VI dijo que en el mundo actual se encontraban la religión del Dios hecho hombre con la religión del hombre que se hace dios. Dos corrientes totalmente antagónicas, no tanto por sus modos de abarcar la realidad temporal, la "ciudad terrena", sino por una actitud más radical. La religión revelada, la de Dios hecho hombre, parte de un principio histórico y trascendente. La religión inventada, la del hombre que se hace dios, se proyecta hacia un fin ahistórico e inmanente. La Iglesia postconciliar, como ahora se dice, ¿debe tener por misión presentar al mundo moderno una síntesis de ambas concepciones?

Las síntesis históricas no se hacen, sino que están ya hechas en el plan de Dios. Porque la segunda corriente a que hemos aludido, la del hombre que quiere ser dios, no es más que una deformación de la idea mesiánica de redención, que en su verdadera dimensión está no sólo anunciada, sino también prometida al pueblo de Dios.

Parece que la devoción

mariana queda bien encuadrada dentro de la primera corriente, la estrictamente ortodoxa, y que la fidelidad al magisterio de la Iglesia en sus distintas formulaciones marianas cae dentro del marco más tradicional de la fe católica. Esto es evidentemente una patente verdad. Pero se olvida a menudo que las más grandes explicitaciones de las excelencias marianas son todas, aunque de antigua devoción, de muy reciente promulgación.

Hay un paralelismo cronológico entre la conciencia que el hombre moderno adquiere de su propio poder y la manifestación autorizada y también popular hacia la figura verdaderamente excepcional de María. Así lo han hecho notar los Pontífices de los últimos tiempos que sufrieron en su corazón las grandes convulsiones sociales y las mayores catástrofes bélicas.

María es el don de Dios para nuestro tiempo. Don precioso y delicado y cuya misión, si bien se mira, es aparentemente imposible. Tiene que decirle al hombre de hoy que se ha apartado de su camino, que tiene que abandonar su orgullo y su soberbia. Pero el hombre moderno es muy enemigo de todo paternalismo y sólo exige sus derechos despreciando favores gratuitos.

Pero María es el remedio porque es también el prototipo. Ella tiene lo que el hombre moderno apetece, divinizarse. Además, María sabe cómo conseguirlo mientras el hombre solo, se estrella y se desespera en el intento. Finalmente, María está constituida por Dios en guía de este antiguo y nuevo camino.

Estas tres excepcionales cualidades, que la devoción

popular desglosa en todas las letanías marianas, se resumen en la advocación más exacta y sintética: María es madre espiritual de los hombres.

Los que tienen responsabilidad más directa sobre el cuidado espiritual de los hombres deben tener esto muy presente. Negarle al hombre moderno esta fuente de vida de la que manan los dones del Espíritu Santo, es negarle su única salvación. Cualquier intento de menospreciar la devoción mariana, es negar, no sólo el curso de la historia, sino la misma solución de la historia. Toda crítica "intelectualista", "bíblica", o "cristológica" de la misión de María en orden a la salvación, es un menosprecio del amor de Dios. Quien dijere que no necesita de María para ir a Jesús, mentiría, como mintieron los fariseos que negaron a Cristo, porque decían tener con ellos al Dios de Abraham de Isaac y de Jacob, y esto les bastaba. Nadie puede poner cortapisas al amor de Dios. No sólo resultan antdivinos y antihumanos, sino sobre todo incapaces de comprender la síntesis que Dios tiene preparada para el hombre y de la que María es la imagen más perfecta.

El problema del minimalismo mariano es un problema de minimalismo cristológico y nada más que esto, porque María es un don de Dios. Mariología es y será siempre teología. Tratar de María es hoy, como lo fue en el Concilio de Éfeso, tratar de Dios. Negarle a María el don de su maternidad divina fue entonces negar que Jesucristo era Dios. Negarle hoy a María su maternidad espiritual es negar que Jesucristo tenga un amor divino de los hombres.

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ

FÆDERIS
ARCA



«EL SILENCIO DE DIOS» *

En un libro pequeño, por su volumen, pero grande de concepto y denso de doctrina y de brillante exposición. El autor, bien conocido y admirado para nuestros lectores, desarrolla el "mito de la Historia" tan traído y llevado en la triste actualidad y confusión de las mentes. Nos recuerda Rafael Gambra, que la "tragedia griega canta el horror y la rebeldía del hombre frente a las fuerzas desatadas de la naturaleza y que de esta desesperada gigantomaquia por encontrar un hueco a la libertad nació nuestra herencia cultural".

* RAFAEL GAMBRA. — Editorial "Prensa Española".

El sentido de la Historia, dice el autor, apacigua todos los escrúpulos, resuelve todos los casos de conciencia, rehabilita todas las ineptitudes y justifica todas las atrocidades.

Debe leerse esta obra, que arrastra con entusiasmo a las ideas tan clara y concisamente expuestas. La recomendamos especialmente a nuestra juventud a la que abre un camino de luz.

Prologa la obra el profesor Gustave Thibon con un sugestivo estudio que avalora, si cabe, este hermoso libro.

EN LA ESCUELA DEL P. ORLANDIS

Luis Veuillot

El Padre gustaba mucho de mostrarnos a esta venerable figura del periodismo y del pensamiento católico del XIX —recordándonos la postrera oración fúnebre que a su memoria pronunciara el Papa señalándolo como hijo insigne, heroico y modelo de la Iglesia—. Y lo hacía, incluso, mucho antes, no ya de existir "Cristiandad", sino en los propios inicios de la misma "Schola".

Solía citarnos, a este efecto, una anécdota suya, que indirectamente salía espontáneamente a colación en su tiempo. Hablamos nada menos que de los años veinte a treinta, contemporáneos con el conflicto —hoy ya tan lejano— "L'Action française", y de su oráculo de entonces, Maurras, el cual, cosa notable, él y los suyos, en medio de sus desviaciones, habían mostrado siempre una admiración, un entusiasmo de tipo naturalista y político hacia la Iglesia. Apreciaban menos en Ella su contenido, misterio y objetivo sobrenatural, que su consumada y brillante Historia dentro de la de la Humanidad y de la Civilización. En su error, no hay duda, sin embargo, que tributaban, a su modo, un fondo de homenaje a la verdad... El reconocimiento hacia la labor magistral y civilizadora de la Iglesia, que llegaban al aserto de que precisaba ser católico, no por —repetamos— el contenido espiritual de la Religión que la Iglesia encarna, sino, sencillamente, por haber sido la Iglesia la obra maestra del genio y de la política humana en todos los tiempos.

Y la anécdota que citada de Veuillot —que nada tenía que ser, de otra parte, y directamente, con "L'Action française" ni menos con sus desvíos de la época— era que este gran escritor tenía siempre, encima de la mesa de su despacho, en lugar preferente, un Manual de Historia de la Iglesia. Como por sistema.

Preguntado una vez por la razón del hecho, nos ponderaba el Padre la magnífica respuesta que indefectiblemente daba el gran polígrafo, pensador y periodista: "¿Que buen hijo no tiene en su mesa la historia de su madre?"

El triste e indocumentado actual respeto humano

Nos viene a la mente esta anécdota, tan frecuentemente recordada por el Padre, cuando vemos hoy, cansinamente, en todas partes, signo insigne de cobardía, de gregarismo, una especie de capitulación en la que incurren, como tópico, hasta los mejores y más bien intencionados articulistas.

No sólo ya nadie se atreve a sentirse apologeta, a defender la historia de la Iglesia, sino que todo el mundo se apresura a capitular, incluso sin necesidad siquiera. Todo es proclamar y reconocer (reconocer, ¿qué?) —hablando en plata— que la historia de la Iglesia es un desastre, o, por lo menos, que faltan figuras. Que todas las más significativas no han sido sino personificación, del oscurantismo, por lo menos de la intransigencia, de la más perfecta incompreensión. Et sic de caeteris.

Es un ingente clamor, un tremendo "¡mea culpa!", que ha surgido no sabemos de dónde. Mas sí. De dónde, sí. Precisamente de la ignorancia y de la pedantería, que conducen a estos tipos de gregarismo mental.

Como en las tarvesuras de Till Eulenspiegel, un genio maligno y pícaro ha acusado a la Iglesia de secular carquismo e incompreensión, y todos, absolutamente todos, sin faltar uno, nos hemos apresurado a reconocerlo, a hacernos propio tal aserto, nuevo dogma, sin apelación ninguna. Y muchas veces con la necia esperanza de que tal concesión a la galería nos ha de ganar muchas simpatías.

Los insignes, simpaticísimos, inesperados, formidables ejemplos de humildad que nos han dado Juan XXIII y, sobre todo, Paulo VI (que, aun cuando muchos no quieran, sobrepasa en tales aspectos, y con mucho, a su Predecesor), parecen haber consagrado esta especie de forma de respeto humano dentro de la cual, si nosotros, los escritores católicos, no proclamamos siete veces al día que la Iglesia ha sido hasta ahora tal desastre, parece que ya no somos hombres ni de testimonio ni de diálogo. Y, ¡ay del que se atreve a faltar a ambas palabrejas, queremos decir, consignas del día!

Creemos, francamente, que ya no hay por qué humillarnos más. Cuando el Papa Paulo VI ha llegado, incluso, para atraer a las ovejas de fuera del redil, a admitir que alguna —porque son pocos y mal avenidos, y no todos— de estas Iglesias —de otro lado bien respetables— autocéfalas de Oriente, nos levanten su excomuniación —¡gracias, señor elefante!— creemos que ya no hay que exagerar más de nuestra parte. El Jefe de la mayor Religión del mundo, con quinientos millones de almas, se ha dignado tratar, de igual a igual, a estas Iglesias autocéfalas que, en el mejor de los casos, agrupan un número menor de fieles que solas enormes diócesis de un Milán, de un Barcelona, de un Madrid. Y, en una oración, en un discurso, rasgo de humildad y de caridad ardiente, llegó a pedir perdón por los fallos personales o de Curia que, en el transcurso de los tiempos, Roma, administradora humana de la Iglesia, hubiese podido cometer u ofender. ¿Cabe más?

Pues bien. Parece que muchos aún no se han dado cuenta de hasta dónde ha llegado la dignación de nuestra Santa Iglesia, y sienten el mayor respeto humano contra todo cuanto sea esclarecer cualquier de nuestras innumerables glorias pasadas. ¿Quién se atrevería hoy a enaltecer la memoria de un Gregorio VII debelador del despotismo, de un San Pío V, defensor contra el Islam que nos hubiera esclavizado; incluso, ya, pronto, de un León XIII, defensor de la clase obrera, a quien, "in petto" creemos todos poco menos que un moderado defensor del capitalismo?

Fíjese el lector, para acabar, en el donoso caso, simbolizado por el curioso, pero expresivo, epíteto, que surge en todas partes. Nos referimos a este título, a este solagn: "El buen Papa Juan XXIII". Nadie más devoto que nosotros que este gran Papa, que anhelamos ver pronto en los altares, con Pío XII, con Pío IX tan distintos de él —creen muchos— y tan iguales todos —creemos nosotros—. Pero reconozcamos una especie de "subconsciente" que se desliza en aquel santo y simpático título que se da al Papa Roncalli. "¿El buen Papa?" Pero: es que los otros Papas, los trescientos y pico Predecesores suyos, no fueron, también, "buenos Papas"? ¿Es que todos fueron aquel desastre a que nos referíamos hasta que la Providencia nos deparó al Papa Juan? Reconozcamos que la reiteración del famoso estribillo, ya cansina, da derecho a recelos. ¡Es tan original esto de distinguir a un Papa de los demás con el título de "el buen Papa"!

J'aime l'Eglise, ma mère!

¡Sursum corda! ¡Tengamos valor! No nos dejemos arrastrar por los tontos tópicos al uso. Reaccionemos contra el rebaño. Precisamente fue, en aquellos tiempos a que antes nos referíamos, aquellos años heroicos, en que el Papa —y éste no fue menos "buen Papa"!— el santo, el sobrenaturalista, el verdaderamente indomable Pío XI, el que gallardamente se enfrentó contra

las peores Dictaduras de la Historia —detalle que los progresistas del día ignoran porque no leen bastante— el Papa del que deriva todo el actual rejuvenecimiento de la Ciudad Santa como río impetuoso de la gracia, proclamaba "Estrella de su Pontificado" a Santa Teresa del Niño Jesús.

Y, como símbolo de lo mismo, hacía elevar, en un simple pedestal, en los jardines del Vaticano, un pequeño memorial —réplica del conocido de Lisieux—, que sostiene, graciosa, la imagen marmórea de la pequeña gran Santa, hoy silenciada.

Y este pedestal sólo lleva esta inscripción, que lo dice y lo resume todo. Fue la mejor frase de aquella alma, ciertamente calificada como la más exquisita después de Francisco de Asís:

"J'aime l'Eglise, ma Mère."

* * *

Como Veuillot, y como Teresa del Niño Jesús, de la que el Padre Orlandis fue humilde discípulo, y nosotros del Padre, repetimos que amamos la Iglesia, nuestra Madre.

Y no parece propio del hijo fijarse ya, siempre como sistema, en las máculas de su historia humana —tan valientemente, tan elegantemente reconocidas por el gran Papa Paulo VI en forma precisamente tan sincera y que, por lo mismo, no pueden menos que atraer todos los hombres de buena voluntad—. No es propio de un buen hijo dar predilección a unas sombras —que son como las del Sol—, cuando deslumbra precisamente, la historia de la Madre, incluso tan sólo humanamente hablando, por su brillantez, por haber sido la única Institución que los siglos han registrado que ha conseguido dar vida y civilización a aquella triste humanidad que, sin ella, nunca hubiera superado lo máximo que podía, y que pudo, llegar a dar de sí: Grecia y Roma, con su cultura, sí, pero también con su opresión y sus esclavos, y su impotencia de ir más allá.

Un discípulo



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Junio 1968

GENERAL:

Que sea propuesto el Culto del Sagrado Corazón de Jesús como fuente de unidad de salvación y de paz.

MISIONAL:

Por la pronta y plena restauración de la Iglesia en China.

VINDICACION DE LA VIDA RELIGIOSA POR EL CONCILIO VATICANO II

Vindicar (según la definición del Diccionario de la Lengua Española, el de la Real Academia de la Lengua), es "defender, especialmente por escrito, al que se halla injuriado, calumniado, o injustamente notado".

Pero la vindicación, que es la acción o efecto de vindicar o vindicarse, puede entenderse, en un sentido muy amplio; y puede hacerse, como se ha hecho innumerables veces, en dos formas: La primera es, aprobando, alabando y enalteciendo a una persona, agrupación o sociedad, sobre la cual han recaído sospechas, o ataques, o injurias, o calumnias; o, sencillamente, sobre la que se han hecho objeciones. Y la segunda forma es defendiendo a quien se desea vindicar; lo cual también se puede hacer de dos maneras: ya rebatiendo y refutando lo que contra esa persona, física o moral, se dice o se hace, con peligro de su fama y buen nombre, ya demostrando que la realidad es todo lo contrario de lo que se le ataca o se le objeta.

El Concilio Vaticano II ha hecho la más completa y decidida vindicación del estado Religioso, de la vida Religiosa, de los Religiosos y Religiosas; y la ha hecho en dichas dos formas; y en cuanto a la segunda, en ambas maneras.

Mas cuando se oye esto, surge de toda alma recta, y con admiración y extrañeza, esta pregunta: ¿pero era necesaria esta vindicación, tan pública, tan solemne, hecha tan de propósito por un Concilio Ecuménico?

Ciertamente que sí. Por desgracia, en nuestra época, y quizá más que en otras, cunden por doquier criterios opuestos a la vida Religiosa; se proponen en formas muy variadas; pero todos ellos tienden a minar o rebajar en los espíritus el aprecio, la estima, la reputación de la vida Religiosa, o sea del estado de perfección cristiana en la Iglesia de Cristo; y esos criterios, tan difundidos, hacen mucho estrago; porque al propagarse, y llegar a todas partes en alas de las conversaciones o de los escritos, llevan la confusión a las almas, desorientan a los jóvenes y a las jóvenes, impiden o cercenan las vocaciones; y aun en el santuario mismo de las casas Religiosas, donde no dejan de introducirse por medio de las visitas, o de la lectura de revistas, folletos y libros, perjudicando a no pocos, y molestando a muchos.

Más aún; además de esos criterios opuestos, se oyen y se escriben ataques propiamente dichos contra el estado Religioso; unas veces de un modo directo, en ocasiones muy apasionado y aun virulento; otras veces indirectamente, y con sofismas engañosos, los cuales se

presentan urdidos de tal manera, que seducen a quienes no estén muy sobreaviso.

Y, finalmente, hay quienes, sin atacar, proponen objeciones a la vida Religiosa; hechas en algunos casos con alguna buena intención, aunque por ignorancia y desorientación; pero en los más de los casos, con el malévolo intento de oscurecer y rodear de desestima la vida Religiosa.

Se imponía, pues, la vindicación de la vida Religiosa por el Concilio; era necesaria; y muchos la deseaban y la esperaban.

Y el Vaticano II la ha hecho tan espléndidamente, que ya, para todo espíritu sinceramente recto, y más para todo el que quiera sentir con la Iglesia, no ha de caber duda o vacilación. Es que todo aquello que de un modo u otro va en contra del estado de perfección en la Iglesia, el estado Religioso, lo ha tenido presente el Concilio, lo ha estudiado, se ha hecho cargo de todo; y con sus enseñanzas, tan luminosas como autorizadas, ha inundado de luz las conciencias, ha rectificado los criterios opuestos, y ha rebatido y refutado los ataques y las objeciones. Y lo ha realizado en las formas antedichas; pues ha aprobado, ha colmado de alabanzas y ha enaltecido con soberano acierto y valiente posición el estado Religioso; no tan sólo ha salido al paso de cuanto se dice en contra de la vida Religiosa, sino que con argumentos claros y convincentes ha demostrado ser la realidad todo contrario. Y precisamente porque la mayor parte de los ataques y objeciones, con la consiguiente desestima de la vida Religiosa, tiene sus raíces en la ignorancia de lo que es el estado de perfección en la Iglesia, el estado Religioso; ignorancia de la teología de la vida Religiosa; el Concilio nos ha dado con maravillosa claridad y muy de propósito esta teología, proponiendo y enseñando a todos los hijos de la Iglesia un breve pero completo resumen dogmático, y a la vez pastoral y práctico, de la doctrina que la Iglesia conserva, como un rico tesoro, acerca de los Religiosos.

Ningún otro Concilio hasta ahora se había declarado tan solemnemente en favor y en defensa, en alabanza y promoción del estado Religioso.

Esta magnífica vindicación, que es a la vez enaltecimiento y defensa de la vida Religiosa, lo inicia el Concilio en el Capítulo V de la Constitución "Lumen gentium"; la desarrolla plenamente en el Capítulo VI de la misma Constitución; y la complementa en varios pasajes de otros Documentos Conciliares.

Expongamos, en sucinto resumen, estos tres puntos. Y todo ello servirá para que se vea claramente cómo el Concilio hace la vindicación de la vida Religiosa en la primera forma que antes hemos indicado; a saber, alabando y enalteciendo, a la faz de la Iglesia toda y del

mundo, esa vida que le es tan querida. En tres artículos siguientes, veremos cómo lo hace también en la segunda forma, o sea refutando los ataques y objeciones, y demostrando la realidad en un todo contraria a lo que se ataca o se objeta.

1.º SE INICIA LA VINDICACIÓN EN EL CAP. V. DE LA CONST. "LUMEN GENTIUM"

He aquí el precioso título de este admirable Capítulo, que debería ser el "Vademecum" de todos los cristianos: "Universal vocación a la santidad en la Iglesia". En el desarrollo de este magnífico tema, es cosa notable y altamente significativa, que si bien el Concilio, como reza el título, se refiere a todos los hijos de la Iglesia, llamados todos a la santidad cristiana, sin embargo, aprovecha intencionadamente la ocasión para declarar que esta santidad puede llegar a su perfección; y que esta perfección de la santidad cristiana es la que profesan los Religiosos, y los enaltece por encima de lo común de los cristianos.

Y así, ya en el primer número de los cuatro que comprende este Capítulo, el 39 de toda la Constitución dogmática sobre la Iglesia, al reconocer y proclamar el Concilio su fe en la santidad de la Iglesia, santidad indefectible; y después de probar esta verdad de fe, por los dos argumentos de que Cristo, Cabeza y Fundador de la Iglesia es Santo, "el solo Santo"; y de que la Iglesia misma es santa, ya que Cristo la ha santificado, para que en ella perdure siempre la santidad, y como una de sus notas distintivas; termina el número con la afirmación categórica de que, en cumplimiento de la voluntad divina, no tan sólo debe existir la santidad en la Iglesia, sino que también de hecho existe; y esto, por la acción conjunta de las dos cosas que operan la santificación en los cristianos: la acción del Espíritu Santo, y la correspondencia y cooperación de las almas a su gracia. Y una de las principales pruebas de este aserto la muestra el Concilio con la realidad perenne de los muchos que se abrazan con la práctica de los llamados Consejos evangélicos; es decir, las normas de perfección, que no están mandadas con precepto, pero nos las propone Cristo, con sus enseñanzas y sus ejemplos, para quienes libremente quieran seguirle a Él, y conformarse de esta manera con la voluntad de beneplácito de Dios. Y añade el Concilio que de un modo especial se abrazan con esta práctica de los Consejos evangélicos los cristianos, que por impulso del Espíritu Santo, viven en una condición de vida, o estado admitido por la Iglesia, o sea en los Institutos de perfección, o Institutos Religiosos, donde conviene que siempre den, y en realidad dan el espléndido testimonio de santidad perfecta, que con su luz ilumina a los demás, y es ejemplo que atrae y anima a todos.

2.º SE REALIZA PLENAMENTE LA VINDICACIÓN EN EL CAP. VI

Esta vindicación de la vida Religiosa, en la forma de aprobación y enaltecimiento, que es la primera y muy eficaz forma de vindicar, nos la ha dado el Concilio ma-

Todavía, y más expresamente, vuelve el Concilio a presentar la vida Religiosa como la perfección de la santidad cristiana, cuando en el último número de este mismo Cap. V, que es el 42 de toda la Const., después de habernos mostrado cuál es la cumbre de la santidad cristiana, o sea la caridad, porque "Dios es caridad; y el que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él" (1 In., 4, 16); y después de habernos dicho que "la Iglesia, animando a los fieles a la práctica de la caridad, les exhorta a que sientan en sí mismos lo que se debe sentir en Cristo Jesús, que se anonadó a Sí mismo tomando la forma de esclavo..., hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (Phil., 2, 7-8); y por nosotros se hizo pobre, siendo rico (2 Cor., 8, 9); añade: "Y como este testimonio e imitación de Cristo, habrá siempre discípulos dispuestos a darlo, se alegra la Madre Iglesia de encontrar en su seno a muchos, hombres y mujeres, que sigan más de cerca el anonadamiento del Salvador, y lo ponen en más clara evidencia, aceptando la pobreza con la libertad de los hijos de Dios, y renunciando a su propia voluntad; pues los tales se someten al hombre por Dios en materia de perfección, más allá de lo que están obligados por el precepto, para asemejarse más a Cristo obediente".

Y poco antes había dicho el Concilio: "La santidad de la Iglesia se fomenta también, de un modo especial, en los múltiples consejos, que el Señor propone en el Evangelio, para que los observen los discípulos; entre los que descuella el precioso don de la gracia divina, que el Padre da a algunos (Cfr. Mt., 19, 11; 1 Cor., 7, 7), de entregarse más fácilmente sólo a Dios, en la virginidad o en el celibato, sin dividir con otro su corazón (Cfr. 1 Cor., 7, 32-34). Esta perfecta continencia por el Reino de los cielos, siempre ha sido considerada por la Iglesia en grandísima estima, como señal y estímulo de la caridad, y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo". — ¿Quién no ve, uniendo estos dos párrafos, que el Concilio señala aquí como con el dedo a los Religiosos y Religiosas, muy singularmente, y los propone como los más animosos discípulos de Cristo, que siguiendo en pos de Él, viven en continua subida a la cumbre de la santidad cristiana, que es la perfecta caridad para con Dios y para con el prójimo?

ravillosamente en todo el Cap. VI de la Constitución "Lumen gentium", y que lleva por título: "Sobre los Religiosos".

Y, ante todo, observemos que este precioso Capítulo da una respuesta clara y completa a una pregunta que surge en el ánimo, cuando al leer el Cap. anterior, el V, y ver con qué maestría nos propone el Concilio en qué consiste la santidad cristiana, que es una misma para todos, en cualquier clase o estado de vida; y después se extiende en hacernos ver cómo dentro de esa única santidad para todos los cristianos, hay variedades o características de especial santidad, según los diversos estados de la vida cristiana; y recorre el estado de los Pastores, Obispos y presbíteros; y el de los que colaboran con los Pastores inmediatamente, ya como ministros, ya como aspirantes al Sacerdocio, ya también los seglares selectos llamados a esa colaboración pastoral; y después el estado de los casados y padres de familia, el de las vírgenes y célibes en el mundo, el de las viudas, y aun el de los trabajadores; se pregunta uno: ¿y los Religiosos, qué?; ¿cómo es que ni los menciona aquí el Concilio?

La respuesta a esta pregunta, la explicación de ésta como aparente omisión, la da el Concilio, muy de propósito, y con soberanas enseñanzas, en todo este Cap. VI. Así lo expuso admirablemente el Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, Mons. Hildebrando Antoniutti, cuando al dirigirse a una Asamblea de Superiores Generales de Institutos de Religiosas, en Roma, el día 5 de diciembre de 1965, precisamente tres días antes de la clausura del Concilio, les habló así:

“Debemos recordar que el Concilio Vaticano II, en su alta valoración de la vida Religiosa, ha reservado el Capítulo VI de la Constitución “de Ecclesia” exclusivamente a los Religiosos, para tratar así, de un modo es-

pecífico, acerca de la vida Religiosa, como nota distintiva de la santidad de la Iglesia.

“Ha sido un rasgo magnífico de los Padres Conciliares, que, reconociendo la importancia de la vida Religiosa, han reservado para las almas consagradas a Dios, un Capítulo especial en la más bella e importante Constitución dogmática.

“Es que la vida Religiosa es la afirmación positiva, frente al mundo, de que Cristo vive realmente en esta espléndida legión de almas, a Él consagradas.

“La vida Religiosa está en el corazón de la Iglesia; forma, casi, el corazón de la Iglesia. Y así como en el organismo humano la sangre afluye al corazón desde todas las partes del cuerpo, para recibir allí nuevas fuerzas, e infundirlas, después, en renovado impulso de circulación, a todo el organismo; así los Religiosos y las Religiosas deben llevar al corazón de la Iglesia todas las mejores energías de su vida espiritual, para que de este corazón de la Iglesia, santificado por Cristo, puedan difundirse las mismas energías por el mundo, y transformar todo en el buen olor de Cristo, en la gracia, en el amor de Dios.”

¿Se podía explicar mejor aquella como aparente omisión, y esta magnífica realidad?

Habríamos de presentar, aunque fuese con un brevísimo comentario, los cinco densos y luminosos números, de que consta este Capítulo VI, para que se viese y se palpase lo que el Concilio siente de la vida Religiosa, cuán elevadamente la aprecia, qué alto es el valor que le da, qué decidida importancia le atribuye para la santidad de la Iglesia y para la consolidación y extensión del Reino de Dios en el mundo.

CÓMO QUEDA ENALTECIDA LA VIDA RELIGIOSA

Nos limitaremos a considerar cómo queda enaltecida por el Concilio la vida Religiosa, y de este modo hecha su más excelente vindicación, por los siguientes principales puntos:

a) Por el origen de la vida Religiosa. — Comienza el Concilio estableciendo, a manera de fundamento inmovible, para toda su doctrina dogmática sobre los Religiosos, la verdad de origen divino de la vida Religiosa. Y prueba esta verdad con tres argumentos clarísimos: 1) Cristo mismo es el primer divino origen de la vida Religiosa, su principio y su autor. Y lo fue por sus divinas palabras y ejemplos, con que nos dejó los principales consejos evangélicos, a saber: castidad ofrecida a Dios, pobreza y obediencia. Los enseñó el Maestro divino; practicó perfectamente lo que enseñó; propuso esos consejos a los discípulos que le quisiesen seguir más de veras y más de cerca; y así vino a ser el Maestro primero y el más acabado Modelo de la vida Religiosa. 2) En segundo lugar, estos tres consejos evangélicos asevera el Concilio que, como consejos fundados en las palabras y en los ejemplos del Señor, fueron recomendados por los Apóstoles, y por los Padres, Doctores y Pastores de la Iglesia; prueba clara de que un estado de vida que consiste en la práctica total

de dichos consejos evangélicos, la consideraban de origen divino. 3) Y, en tercer lugar, añade el Concilio que la Iglesia ha recibido esos tres consejos como un don divino; del mismo Cristo; don que con la gracia del mismo Señor, se conserva en la Iglesia perpetuamente. Reconoce, pues, el Concilio, y lo proclama expresamente, que es divino el origen y principio de esos tres consejos; y por ende lo es la vida consagrada a practicarlos y a vivirlos.

b) Por haber sido la Iglesia la que ha instituido el estado Religioso. — Establecida sólida y claramente la verdad del origen divino de la vida Religiosa, nos enseña el Concilio que “La autoridad de la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, se preocupó de interpretar aquellos consejos, de regular su práctica, y de determinar también las formas estables de vivirlos”. Con lo cual nos dice el Concilio, de la manera más diáfana y terminante, que ha sido la Iglesia la que ha instituido, en su seno, el estado Religioso.

c) Por el incomparable desarrollo del estado Religioso en la Iglesia. Este desarrollo nos lo presenta el Concilio como el resultado connatural y consecuencia divina de las dos realidades anteriores. Y lo expresa con la bella y expresiva comparación de un árbol, que crece

pujante, y se ramifica magnífico, lleno de vida. La semilla de este árbol fue sembrada por el mismo Hombre-Dios, Jesucristo, en su campo, que es la Iglesia. El árbol que brota de esa semilla es el estado Religioso; y las ramas que han ido brotando del árbol, y han ido creciendo con desarrollo tan vigoroso y espléndido, son las formas diversas de vida Religiosa, ya monacal, ya cenobítica; o sea, o de vida solitaria, o de vida en común. Y estas formas diferentes y tantas en número, todas ellas, hermosas y fuertes, como ramas del grandioso árbol, son las Familias Religiosas, los Institutos Religiosos de varones y de mujeres, que se han ido desarrollando maravillosamente, a través de la Historia santa de la Iglesia.

d) Por la finalidad, grande y excelsa, de la vida Religiosa. — Nos la propone el Concilio, primeramente en general; y en seguida, en forma concreta. Nos dice, en términos generales, que esta gran variedad de Familias Religiosas “se desarrollan, ya para ventaja de sus propios miembros, ya para el bien de todo el Cuerpo de Cristo”; y con esta breve expresión, señala el Concilio, en compendio, la alteza soberana de la vida Religiosa; la cual es doble: la propia perfección, humana y cristiana, natural y sobrenatural, de los Religiosos; y el bien de los prójimos y hermanos, el bien de todo el Cuerpo de Cristo. Y más en concreto, añade el Concilio que la finalidad de la vida Religiosa es “avanzar en la vida de la caridad, con espíritu gozoso”. Si, pues, la perfección de la vida cristiana consiste esencialmente en la caridad, por la cual el hombre se une íntimamente con Dios, su último fin; y en esta unión con Dios, cuando ya es perfecta, cuando cabe en la peregrinación terrestre, está la perfección del cristiano; bien se ve que al señalar el Concilio a la vida Religiosa la finalidad de avanzar en la vida de la caridad con ánimo gozoso, la enaltece sobremanera.

e) Por los medios que las Familias Religiosas ofrecen a sus miembros, en orden a que consigan su alto fin. — Los reduce el Concilio, con certera visión, a estos cuatro, en verdad excelentes y eficaces: “todas las condiciones para una mayor estabilidad en su modo de vida; — una doctrina experimentaba para conseguir la perfección; — una comunidad fraterna en la milicia de Cristo; — y una libertad, mejorada por la obediencia, en orden a poder guardar fielmente y cumplir con seguridad su profesión Religiosa”. Sería gustoso comentar todo esto, mas no hay espacio. Bastará haberlo enunciado.

f) Por la esencia misma del estado Religioso. — La define así el Concilio: “Por los votos se obliga el fiel cristiano a la práctica de los tres consejos evangélicos, antes citados, entregándose totalmente al servicio de Dios, sumamente amado”. Y en otro pasaje: “Un estado cuya esencia está en la profesión de los consejos evangélicos”. Son tres, pues, los elementos que constituyen esta esencia: la profesión de los consejos evangélicos; el triple voto, que da a esa profesión su mayor alteza, firmeza y perpetuidad; y el motivo supremo de lo uno y lo otro, que es entregarse totalmente al servicio de Dios,

sumamente amado; o sea, por el motivo del más perfecto amor a Dios.

g) Por las grandezas del estado Religioso; los bienes que de ellas se derivan para los Religiosos; y los deberes que lo uno y lo otro les imponen. Cuatro excelsas grandezas propone el Concilio, con sus respectivos bienes y deberes. La primera grandeza es respecto de Dios y de su gloria; y consiste en que la entrega que el fiel cristiano hace de sí mismo a Dios por la profesión de los tres consejos evangélicos, sellada con el triple voto, “crea en él una especial relación con el servicio de Dios y con su gloria”; lo cual declara hermosamente el Concilio, relacionándola con el Santo Bautismo, para llegar a la conclusión de que el fiel cristiano, que “ya por el Bautismo había muerto al pecado, y se había consagrado a Dios; ahora, para conseguir un fruto más abundantemente de la gracia bautismal, trata de liberarse, por la profesión de los consejos evangélicos, de los impedimentos que podrían apartarle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino; y se consagra más íntimamente al divino servicio. La segunda grandeza es respecto de la Iglesia, y de su misterio y misión. He aquí las breves y terminantes palabras del Concilio: “Los consejos evangélicos tienen la virtud de unir con la Iglesia y con su misterio de una manera especial a quienes los practican, por la caridad a que conducen”. La tercera grandeza es respecto de los demás miembros de la Iglesia, y aun de la familia humana entera. La expone así: “Por consiguiente, la profesión de los consejos evangélicos aparece como un distintivo o señal, que debe atraer a cumplir sin desfallecimiento, los deberes de la vocación cristiana”. Y añade con sublime expresión: “Porque, al no tener el Pueblo de Dios una ciudadanía permanente en este mundo, sino que busca la futura, el estado Religioso, que deja más libres a sus seguidores, frente a los cuidados terrenos, manifiesta a todos los hombres mejor los bienes celestiales — presentes incluso en esta vida terrena —, y, sobre todo, da un testimonio de la vida nueva y futura, eterna, conseguida por la redención de Cristo; y preanuncia la futura resurrección y la gloria del Reino celestial”. Y, finalmente, la cuarta grandeza es respecto de Jesucristo; soberana grandeza, que consiste en que “ese mismo estado de vida que el Hijo de Dios escogió al venir al mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que dejó propuesta a los discípulos que quisieran seguirle”. Y todavía añade: el estado Religioso “pone a la vista de todos, de una manera peculiar, la elevación del Reino de Dios sobre todo lo terreno, y sus grandes exigencias; y demuestra también a la humanidad entera la maravillosa grandeza de la virtud de un Cristo que reina, y el poder infinito del Espíritu Santo, que obra maravillas en la Iglesia”.

h) Por la legislación, fundación y régimen de los Institutos Religiosos. — También con estas tres cosas queda admirablemente enaltecida por el Concilio la Iglesia la que dirige con sus leyes la práctica de los consejos evan-

géticos, con los que se fomenta de un modo singular la perfección de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Es también la Jerarquía, y concretamente el Sumo Pontífice, quien funda los Institutos Religiosos; y en la forma que el mismo Concilio describe. Y asimismo, corresponde a la Jerarquía de la Iglesia el supremo régimen y gobierno de los Institutos de perfección que ella ha fundado, y según las Constituciones o Reglas que ella misma ha aprobado. El cual régimen enseña el Concilio que lo ejerce la Jerarquía en dos formas: una, jurídicamente, es decir, "con su presencia y con su autoridad vigilante y protectora en el desarrollo de los Institutos, erigidos por todas partes, para la edificación del Cuerpo de Cristo; a fin de que crezcan y florezcan, según el espíritu de sus Fundadores". Y la otra forma es con un régimen más bien interno y vital, singularmente en lo más grande que tiene la Iglesia. Lo dice así: "La Iglesia no sólo eleva con su sanción la profesión Religiosa a un estado canónico, sino que la presenta, en la misma acción Litúrgica, como un estado consagrado a Dios; ya que la misma Iglesia, con la autoridad recibida de Dios, recibe los Votos de los Profesos; les obtiene del Señor, con la oración pública, los auxilios de la gracia divina; les encomienda a Dios; y les imparte una bendición espiritual, asociando su oblación al Sacrificio Eucarístico". Con esto levanta el Concilio la vida Religiosa a su más encumbrada cima.

Después de todo esto, y a manera de corona de la vindicación que hace el Concilio de la vida Religiosa, por la vía del enaltecimiento, termina con tres admirables enseñanzas.

1) "Por los Religiosos, la Iglesia ha de mostrar, mejor cada día, a fieles e infieles, el Cristo, ya sea entregado a la contemplación en el Monte; ya sea anunciando el Reino de Dios a las turbas; o sanando enfermos y heridos; o convirtiendo a los pecadores a una vida ordenada; o beneficiando a los niños; haciendo el bien a todos; siempre obediente a la voluntad del Padre, que le envió." ¿Quién no ve aquí, con admiración y edificación, el doble cuadro viviente que nos traza el Concilio? El cuadro primero se lo da el Evangelio; y el segundo se lo da la historia y la realidad actual de la vida Religiosa. Y del cotejo de ambos deduce el Concilio la gran alabanza de que los Institutos Religiosos, unos de una manera, y otros de otra, reproducen, entre todos, las actividades apostólicas del Divino Salvador; y de que todos y cada uno procuran reproducir el rasgo más característico de la vida santísima de Cristo: su obediencia al Padre que le envió.

2) A todos estos tan altos y razonados enaltecimientos de la vida Religiosa, añade el Concilio lo que deseaban y esperaban todos los buenos hijos de la Iglesia; que es, juntamente, la manera más positiva y eficaz de vindicar la vida Religiosa, y ponerla en buena luz a la faz

del mundo. Sí, se deseaba y se esperaba que el Concilio, en esta época de tanto confusiónismo de ideas, y de corrientes tan adversas a la vida Religiosa, se declarase abierta y claramente en materia tan grave, en asunto tan importante; que confirmase de una manera explícita y solemne, con toda la autoridad de un Concilio Ecuménico, los Institutos Religiosos; y que al confirmarlos, alabase y enalteciese ante la Iglesia toda y ante la entera sociedad humana, a todos los miembros de dichos Institutos.

Y el Concilio no ha defraudado tales esperanzas; más bien las ha llenado por completo, y aun las ha superado. Lo ha hecho espléndidamente. He aquí sus palabras: "Por eso, este Sagrado Sínodo confirma y alaba a los hombres y mujeres, Hermanos y Hermanas, que en los Monasterios, en las Escuelas y Hospitales, o en las Misiones, ilustran a la Iglesia de Cristo, con la constante y humilde fidelidad en su consagración; y ofrecen generosamente a todos los hombres los más variados servicios". Estas magníficas palabras, más que comentario, — ¡son tan claras y terminantes! —, piden una ardiente acción de gracias, no tan sólo por parte de los Religiosos, sino también por parte de todos los fieles, que quieren y deben sentir con la Iglesia.

3) Y aún además de esto, en el último número de este Capítulo, al manifestar el Concilio su aspiración suprema respecto de los Religiosos, que no es otra sino "que se esmere cada uno de los que han sido llamados a la profesión de los consejos evangélicos, por perseverar y aventajarse en la vocación a que ha sido llamado"; da a los Religiosos esta postrera alabanza y este soberano enaltecimiento: que los tales, los que perseveran y se aventajan en su vocación religiosa, viven "para que más abunde la santidad en la Iglesia, y para mayor gloria de la Trinidad, única e indivisible, que en Cristo y por Cristo es la fuente y origen de toda santidad". Mas no se podía decir.

3.º Se complementa la vindicación, en varios pasajes de otros Documentos Conciliares.

Habíamos pensado desarrollar también este tercer punto; mas por falta de espacio, y por no alargar desmesuradamente este artículo, nos ceñiremos a citar esos varios pasajes, a fin de que pueda verlos quien lo desee.

Son los números 80 y 98 de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia; varios números, y aun Capítulos del "Decreto sobre la actividad Misionera de la Iglesia"; y, principalmente, todo el "Decreto sobre la adecuada renovación de la vida Religiosa".

Con todo lo dicho o indicado, queda palmaria y convincente la prueba de que el Concilio ha hecho la más espléndida vindicación de la vida Religiosa, por la vía, tan elocuente como eficaz, de la alabanza, enaltecimiento y aprobación.

SABER LLEVAR LA CRUZ

San Pablo, escribiendo a los Filipenses (3, 18), se queja amargamente, con lágrimas en los ojos, de que algunos **proceden como enemigos de la cruz de Cristo**. No se refiere a los paganos, ni a los judíos, ni a los judaizantes, ni a los apóstatas, que hubieran abandonado la fe; sino a cristianos, que sin dejar de serlo, llevaban sin embargo una vida poco acorde con la doctrina que profesaban, **cuyo Dios es el vientre**, dice poco después el Apóstol, **y sólo gustan de cosas terrenas**. La convivencia de los cristianos con los paganos en aquellos primeros años de la Iglesia, traía consigo un gran peligro de contaminación moral, como se desprende de otros muchos pasajes de las cartas del Apóstol. Eran del todo opuestas las exigencias del mundo pagano corrompido en sus costumbres y las del cristiano, que ha de conformar su vida con Cristo crucificado.

Esta conformación lleva consigo la renuncia a las concupiscencias desordenadas de la carne, del hombre viejo, como dice San Pablo, que está en pugna con el hombre nuevo, que ha sido engendrado por el bautismo. El cristiano debe llevar siempre marcada en su cuerpo la mortificación de Cristo, vivir concrucificado con Cristo, concrucificar su carne con sus vicios, vivir muerto para el mundo. Todas son expresiones del Apóstol, el cual se gloriaba en la cruz de Cristo, y predicaba sólo a Cristo y a éste crucificado.

En una palabra: su doctrina sobre la cruz es una ferviente exhortación al cristiano a acomodar

su vida a las palabras del Maestro: **Si alguno quier venir en pos de mí y seguirme, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y acompáñeme**.

El materialismo cada vez mayor en que se desenvuelve nuestra vida moderna, el olvido de Dios, el afán insaciable de comodidades, la disipación del espíritu, hoy favorecida por los medios modernos de difusión del pensamiento y de los acontecimientos de todo género, son evidentemente un peligro para la práctica de la mortificación de los sentidos, que nos recomienda San Pablo.

Pero hay otro peligro aún mayor. Está de moda en algunos ambientes católicos cierta ascética muelle y contemporizadora, que huye aún las palabras mismas, cruz, mortificación, penitencia, renunciamiento, como ajenas a la mentalidad de nuestros días; son términos, se dice, de una ascética trasnochada, la de un Tomás de Kempis o de un San Ignacio de Loyola, que ha pasado ya de moda y ha de ceder el paso a las exigencias del hombre moderno: como si la doctrina de San Pablo y del mismo Cristo no hubiera sido dada para los hombres de todos los tiempos. Olvidan los que así piensan, que lo que el Evangelio y el Apóstol nos dejaron escrito, es palabra de Dios. **Y la palabra de Dios**, dice San Pedro, **permanece para siempre** (1 P. 1, 25).

Severiano del Páramo, S. J.

Universidad Pontificia de Comillas
Profesor de Sagrada Escritura

PUNTUALIZACIONES

ANTE LOS AVATARES DE LA HORA ACTUAL

(Conclusión)

X

El sacerdote es el hombre que se consagra a Dios y al servicio de la Iglesia, y coadyuva con el obispo en la administración de los divinos misterios, además de la tarea de anun-

ciar la palabra de Dios y dirigir a las almas hacia la salvación. De ahí que el sacerdote esté obligado, especialmente, a una vida de rigurosa santidad y perfección, aparte de un continuo contacto con el obispo, a que le obliga su cometido y misión

a realizar. El sacerdote forma parte integrante del régimen de la Iglesia, como la porción escogida de la misma, y asumirá el ejercicio de las funciones ministeriales, por mandato del obispo, y a su beneplácito. Verdaderamente, la función sagrada

del sacerdote, su propia personalidad, todo su contenido carismático y sobrenatural adquirido a través del Orden, tiene toda la expresión y el significado de hombre de Dios y como instrumento de que se vale Dios para comunicarse sobrenaturalmente con los hombres. Desde luego, que la plenitud del sacerdocio está reservado, es sólo potestativo de los obispos, como sucesores de los apóstoles; con todo, no será óbice para que el sacerdote, a través del obispo y en comunión con él, se capacite y asuma los valores de idoneidad y de captación, en orden a la obra salvífica de la Iglesia. Pues concuerda con el obispo y se une con él, en la identidad de unos mismos poderes (consagrar y perdonar pecados) recibidos, en virtud de la ordenación sacerdotal, aparte de coparticipar con el mismo, en cierto modo, en el régimen y gobierno de la Iglesia. **Indudablemente, que es mucho más cuánto identifica (en trascendencia y volumen) al sacerdote con el obispo, que cuánto le diferencia. Y he ahí la gran personalidad del sacerdote, a través de la cual tanto obliga el honor, su inmunidad sacerdotal, sus dotes de capacidad y suficiencia en alto grado.**

XI

La Iglesia es una comunidad de fieles unidos en la identidad de una misma creencia, una misma moral y bajo un mismo mando. Hemos hablado del episcopado y los ministros, los sacerdotes. Vayamos a examinar ahora lo que viene en llamarse, dentro de la Iglesia, el laicado. Los laicos en este sentido son aquellos que, sin ser sacerdotes o estar revestidos de ciertas funciones o carácter sagrado, como son las personas consagradas a Dios, pertenecen y viven en comunión con la Iglesia y de ella reciben las gracias de salvación. Y he ahí que una nueva modalidad surge de entre los laicos que, con ser los mismos fieles de la Iglesia, se congregan y se capacitan, as

obras de apostolado y de acción católica. Son éstos, en fin, y lo constituye un conjunto de hombres y de mujeres que, junto a la Jerarquía y a través de la misma, convienen en una misma acción y afanes de apostolado y santidad. Tal es el laicado que no se concibe sin plena sumisión a la autoridad eclesiástica y en ser, como tal, la vanguardia de la Iglesia en la tarea de difundir, propagar la fe cristiana a través de la acción y la más alta ejemplaridad. Podríamos decir — y ésta es la mente de la Iglesia — que el laico así conceptuado tiene su asiento y se vincula en lo que viene en llamarse la Acción Católica, comprendiendo aquellas organizaciones, manifestaciones o actividades de carácter apostólico y de santidad existentes en el seno de la misma. **Lejos de la Acción Católica cuanto huele a mundo y sus disputas (ni por asomo), como son las rivalidades políticas, la lucha de clases, las discriminaciones sociales (otra cosa es la defensa de los derechos humanos, las justas reivindicaciones sociales, el amparo del débil y de cuantos sean perseguidos por la justicia); toca sí a la Acción Católica el ser remanso de paz, operarios de Cristo, foco de santidad y espíritu evangélico. Y con esto está dicho todo.**

CONCLUSION

Hasta aquí nuestra afirmación de principios y de actitudes a que obliga a puntualizar. El momento es grave. Se trata de ajustar ideas y valorar situaciones que son de vida para la Iglesia y el orden cristiano. ¿Estamos en condiciones de conseguir tan altos fines y que tanto apremia en la hora actual? Porque las circunstancias en que se encuentra la Iglesia hoy, son de las que dejan huella. Por algo los Poderes Políticos se encuentran, también, en esa encrucijada que es de lucha entre la vida y la muerte, y que impelidos por las nuevas corrientes que tanto acechan, no encuentran el puerto de salvación que tan afanosamente buscan. Mientras que sentimos en nuestras propias carnes ese desor-

den y esa descomposición, que es todo una agonía, ante los avatares de la hora actual. Lo afirmamos rotundamente: nuestros tiempos son decisivos, tanto, que urge poner a prueba nuestras conductas hasta la heroicidad. ¿Qué quiere decir esto? ¿Aceptar los hechos consumados, de pleno desorden y ruina moral? ¡No! ¿Seguir la corriente que tanto nos asfixia y adaptarnos a ella para ser noticia ante el mundo? ¡No! ¿Aceptar los postulados de la vida moderna, que es todo un espejismo y un error, para luego hundirnos en el caos? ¡No, y mil veces no! ¿Qué se nos reserva, pues, a hacer? Sencillamente, vivir la vida cristiana auténtica y no acobardarse ni claudicar. Cristo es el mismo de siempre; como lo es, también, la Iglesia. Se impone, pues, vivir su presencia y atestiguarla. Pise-mos, sí, tierra; pero con la cabeza puesta en lo alto. Y he ahí nuestra consigna y nuestra actitud, ante la presente encrucijada en que se debate el mundo cristiano: **conservar todo lo bueno y santo, lo racional y justo de antaño; y en cuanto cabe (que es mucho) superarnos a través de nuestra fidelidad a la Iglesia y a sus tradiciones, además de extender los lazos de hermandad que a todos debe unirnos por un igual, ya se trate de altos y bajos, ricos y pobres, gobernantes y gobernados. Suspiremos por una nueva Cristiandad renovada, al abrigo de la cual nos encontremos todos unidos con vínculos de paz y auténtica espiritualidad cristiana. ¡Quiéralo Dios!**

MELCHOR PELEGRÍ, PBRO.

NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN:

El índice correspondiente a las colecciones de la revista años 1966 y 1967, fue insertado en el mes de enero. Con él puede formarse la colección completa de ambos años. En el caso de que algún suscriptor, por un posible extravío, necesitara un duplicado, puede pedirlo a esta administración.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

X

FRANCIA: «LA FILLE AINÉE», «LA SOEUR AINÉE», RESUMEN DEL MUNDO.

(Continuación)

La conferencia de Algeciras

En 1905-1906, o sea entrada la década anterior a la I Gran Guerra, comienza ya a tomar Europa el aire de la próxima gran Tragedia que incubaba.

Han pasado ya los viejos tiempos, y la "Belle Époque", por mucho que se halle en gran apogeo, está tocando, en el fondo, a su fin. Las pasiones nacionalistas cobran mayor encono que nunca.

Alemania ya no se contenta con la anexión de Alsacia-Lorena; halla menguadas las colonias que ha podido alcanzar debido a su tarda unidad, y cuando el universo estaba ya repartido entre Inglaterra, Francia y Rusia. Francia, en cambio, no satisfecha con su imperio, sueña en la venganza, y en volver a recuperar Alsacia-Lorena. Inglaterra sólo piensa en deshacerse de este nuevo y amenazador coloso, ávido de dominación, que es el Imperio alemán, sin atinar a que éste, con el mismo derecho que aquélla, se halla dispuesto a atropellarlo todo en su afán de conquista.

Los incidentes norte-africanos, y la continua expansión de Francia, dan lugar a la Conferencia de Algeciras (por irrisión, celebrada en España). En ella, Francia logra casi enteramente sus manos libres para coronar su colosal imperio colonial. Una pequeña excepción: a España, generosamente, se le "concede" una vigésima parte de Marruecos. Precisamente la pequeña franja costera del Riff, poblada por las tribus más infra-humanas y feroces del Orbe. Y España se ve constreñida a aceptar una tremenda herencia que tanta sangre había de costarle, so pena de acabar de abdicar — sangrante aún la herida de la pérdida de las Antillas y de Filipinas — con el mínimo de dignidad europea que las grandes y orgullosas Potencias le regateaban.

El golpe de Agadir

Esta victoria diplomática francesa, que le llevó a usar y abusar de cuanto había conseguido en Algeciras, aumentó la irritación de Alemania. Por ello, en julio de 1911, el Kaiser, muy amante de las posiciones teatrales, mandó un buque de guerra alemán, el "Panther", a Agadir; era poco tiempo después de 1909, en que la pobre España acababa de pasar por su primera tragedia marroquí.

Éste fue uno de los momentos más graves que atravesó la precaria paz de la ante-Guerra, por cuanto, en realidad, este golpe alemán visaba tanto a Francia como

a Inglaterra. Pero, de nuevo, se demostró que, en lides diplomáticas, los germanos siempre son poco astutos. La diplomacia volvió a arreglar las cosas a favor de Francia. Se consagró el derecho galo al Protectorado de Marruecos, y así, todo el Norte de África se convirtió en una soberbia posesión, en un Imperio francés como hemos ponderado en nuestros anteriores artículos. Toda la compensación que obtuvo Alemania, a cambio de consentir en tan enorme ventaja gala, fue la de una pequeña cesión que le hizo Francia en el Congo, ampliando la colonia germana, ya de sí bastante limitada en extensión, del Camerón.

No obstante esto, el orgullo francés consideró siempre todo esto, y las consecuencias de Agadir, como una afrenta y una insolencia germanas imperdonables, y un nuevo motivo de rencor envenenó los dos grandes Países europeos.

El «chantaje» de las colonias portuguesas

El lector nos perdonará que aquí hagamos una digresión que el natural amor al País hermano nos sugiere, y cuya incubación pertenece a esta época.

La constante reclamación de Alemania, en su "Welt-politik", su queja de no haberse podido apropiarse más que escasas colonias, al lado del imperio inglés o francés, sugirió a las Cancillerías interesadas una de las soluciones más criminales que jamás se hayan concebido, y que mentira parece no se llevase a cabo.

Los nobles ministros y Lores de Inglaterra, evidentemente, son incapaces de robar para su peculio, un céntimo, y sería ofenderles pensar lo contrario. Lo mismo decimos de los arrogantes ministros, Duques y Condes de Alemania. Y menos, de cometer cualquier personal violencia.

Pero, lo que en su terreno personal serían incapaces de hacer, se creen dispensados, absueltos, y hasta obligados a hacer en lo político. En otras palabras, un Bismarck, un Bethmann Hollweg, un Asquith, un Lloyd George, un Churchill, cuando se trata de su Patria y de su Rey, o de su Patria y de su Emperador, en holocausto a tales ídolos, se creen, no sólo con el derecho, sino hasta con el deber, de robar y matar. La Historia demuestra hasta las heces esta triste realidad. También ante Moloch las mismas madres echaban sus hijos al fuego. A esto conducen las idolatrías.

Nada mejor se le ocurrió a Inglaterra, para que callase Alemania y obtuviese colonias, ofrecerle su poten-

cia (con lo cual se hubieran juntado las dos mayores potencias del mundo) para que Alemania robase al pobre Portugal sus colonias, quedase satisfecha, e Inglaterra no tuviese que sacrificar un kilómetro de las suyas.

En las memorias de Poincaré puede leerse "el horror" que tal inmoralidad "causó" a los gobernantes franceses... los cuales se hallaban, por su parte, perfectamente dispuestos a taparse de ojos. Y si no lo hicieron, y si tanto Francia como Inglaterra no consumaron el despojo del pobre Portugal, fue debido, no por justicia ni por sentimiento de protección al desvalido, sino por odio a Alemania, cuyo engrandecimiento querían evitar, aun y a costa de tercero.

Cerremos esta pequeña digresión; no hemos podido evitar la tentación de referirnos a ella. Como hemos hecho antes al hablar de Algeciras, en cuya ocasión a España se le hizo un regalo... precisamente porque tenía un auténtico valor negativo, y era una sangrienta carga. A España ya no se la podía despojar más por la sencilla razón de que no le quedaba nada desde 1898.

La torpe cuestión de Alsacia-Lorena

Volviendo a Francia, es obligado referirse una vez más sobre la eterna cuestión, la más grave de todas las que dividían los tradicional e irremediamente países enemigos, destrozando toda posible unión europea.

Sobre la cuestión de Alsacia-Lorena vamos a hacer un comentario naturalísimo que, aun cuando al lector le choque, es tan raro, que no creemos haberlo visto jamás en ninguna parte.

Alsacia-Lorena, desde 1870 hasta 1945 fue la piedra de choque, de contradicción en Francia y Alemania, y pretexto para encender a Europa por los cuatro costados. Posesión de Francia en 1869, fue anexionada por Alemania en 1870. Recuperada por Francia en 1918, fue otra vez anexionada por Alemania en 1940, para volver a Francia en 1945.

Y bien. Jamás, en tan largo período, a nadie se le ocurrió la solución natural del problema.

Alsacia es de raza y habla alemana. Basta ver, en cualquier mapa, su toponimia.

Lorena es francesa de cabeza a pies. Santa Juana de Arco, era lorenesa.

¿No hubiera sido lo natural, lo cristiano, que Francia hubiera quedado con la francesa Lorena, y Alemania con la alemana Alsacia? ¿A qué unificar un problema que tiene dos partes tan bien definidas?

Pues bien, no. Tal solución ni siquiera llegó jamás a concebirse. Podía más el odio que el sentido común. No hemos leído, en tanto como hemos leído, sobre este casi todo un siglo de triste lucha germano-francesa, una sola voz, ni siquiera la de un particular, abogando por esta solución, tan sencilla, y tan llena de sentido común.

Bismarck, victorioso en 1870, anexionó la Lorena. Históricamente, es verdad, la Lorena, sólo estaba unida (María Leczinska) desde la época de Luis XV, en tanto que la Alsacia fue conquistada por la fuerza por la Fran-

cia de Luis XIV, y afrancesada quieras que no. Pero la Lorena siempre ha sido, de lengua y de raza, francesa.

Inútil pedir a Bismarck que no robase la Lorena. Como inútil pedirle a los Clemenceau y Foch victoriosos, la magnanimidad de, en 1918, reconocer la germanidad de la Alsacia. ¿Cómo iban a hacerlo los "revanchistas" si nada menos querían ocupar — y ocuparon —, toda la ribera del Rin hasta casi Holanda, el Ruhr, el Palatinado, y todo cuanto pudieron?

Inútil — huelga decir — al vesánico Hitler pedirle, en 1940, limitase su anexión a Alsacia, y a su nostálgico sueño — no desprovisto de realidad — de considerar la flecha de la catedral de Estrasburgo como una legítima marca alemana.

Entre 1870 y 1914, el orgullo teutón fue feliz, al poder cantarle el "trágala" a los franceses. Durante este mismo lapso, sobre todo desde 1905 a 1914, no había familia francesa que no soñase con la "Revanche" y no estuviese dispuesta a dar un hijo, con la mayor alegría, para que su orgullo y soberbia nacionales pudiesen humillar las de la Alemania aborrecida. Si a estas mismas familias francesas — y muchas de ellas eran de derechas — se les hubiese pedido un hijo para una Cruzada, lo hubieran negado. Pero para su soberbia, para humillar al aborrecido alemán, todo sacrificio era pequeño.

Triste ambiente, este de la Europa de antes del 1914. Odio y rencores "chauvinistas", así del lado germánico, como del galo. Mas volvamos a Francia, que es la que nos ocupa actualmente.

Otros avatares, otros síntomas

Todo, en este tiempo, respira odio entre unos pueblos y otros, a pesar de que Europa ha coronado la "Belle Époque" y nos hallamos en el tiempo más magnífico, en lo más refinado de la civilización y del arte. Europa se halla como en su "canto del cisne". Ya no volverá una época igual.

París es el centro del mundo. Allí acuden, de incógnito — como hiciera Eduardo VII, desde los grandes Duques de Rusia hasta el mismo Kaiser de Alemania... — Europa ha llegado a un compromiso social, queremos decir, de alta etiqueta, de alta sociedad. La democracia francesa va de frac, al lado de los monóculos de los grandes uniformes teutones. Todo parece un "ballet", una opereta. Pero un ballet y una opereta tan trágicos que bastarán los pistoletazos de Sarajevo para derribarlo todo como un castillo de naipes. Entre tanto, aún quedan tres Emperadores rutilantes, tras los brillantes colores de sus húsares, que ignoran que van a caer. Aún quedan unos Presidentes de la República, bastante ridículos, pero muy decorativos que reparten, generosos, el lacito de la Legión de Honor. Hermosa cobertura de los odios "chauvinistas" que incuban, y que darán al traste con aquel esplendor que está en su ocaso.

Van sucediéndose los incidentes. Rusia comienza a reaccionar tras su desastrosa guerra con el Japón. Las grandes Potencias — Micifuz y Zapirón, se comieron un

capón... — regatean a la única Potencia menor y pacífica, Austria-Hungría, su legítima anexión de Bosnia y de Herzegovina, envenenando de nuevo toda la cuestión balcánica. Se enciende la guerra (en dos partes) de dicha peligrosa región oriental, la guerra de los Balkanes, especie de globo de ensayo en donde cada pequeño país de aquella desventurada región no es sino la marioneta de una gran Potencia que la mueve... Por milagro — por paradoja, no rara cuando las cosas están tan graves — acaba sin desencadenar, por lo menos inmediatamente,

la Guerra europea; teóricamente con un triunfo para la "civilización occidental", puesto que se amplían las teóricamente cristianas Bulgaria, Servia y Grecia retrocediendo la ominosa Turquía... mas, ¡cuán vanas las esperanzas de paz! Por un par de años, aún Europa rutilaría bajo los uniformes imperiales, las gorras marinas inglesas, las levitas de Francia. Pero todo aquel colosal ballet, como antes decíamos, había de tener un fin, como por ensalmo. El castillo de cartas había de derrumbarse ante los pistoletazos de Sarajevo.

LUIS CREUS VIDAL

"LO QUE NO HA DICHO EL CONCILIO"

Al publicarse la segunda edición del libro "LO QUE NO HA DICHO EL CONCILIO", de José Ricart Torrents, Pbro., editado por "Publicaciones Cristiandad", nos complacemos en dar a conocer a nuestros lectores una muestra del juicio que ha merecido por parte de eminentes miembros de nuestra Jerarquía, y el mejor medio para ello consideramos que es reproducir el prólogo que para esta segunda edición ha escrito el Dr. D. Marcelino Olaechea.

Huelga poner otro prólogo, ni cambiar el que tiene a "LO QUE NO HA DICHO EL CONCILIO", porque el puesto por el autor, mi buen amigo, el sacerdote don José Ricart Torrents, es inmejorable: claro, sencillo y sobrio.

No huelgan unas palabras de presentación, y a mí me honra el escribírtelas.

Fui miembro, por la paterna bondad de Juan XXIII, de la Comisión de Seminarios y Educación Cristiana —una de las preparatorias del Concilio Vaticano II— y fui elegido después, para ella, por el voto de los Padres Conciliares.

Me otorgó el Señor la gracia de poder tomar parte en todas las Congregaciones Generales, y aun de ser miembro, después del Concilio, por igual bondad paterna de Pablo VI, de la Comisión temporal de Educación Cristiana.

Por vivir al tanto de lo que se difunde sobre el Concilio, leía, apenas dado a luz, "LO QUE NO HA DICHO EL CONCILIO".

El apaluso que tributé en mi alma al autor se lo manifiesto hoy con estas líneas, por la **caridad** con que ha escrito las suyas, "el más sentido deseo sacerdotal de edificar, sin ánimo de herir a ningún hermano", y por la **claridad** con que expresa su pensamiento.

Por particular atención, al leer en el capítulo segundo, los "Criterios de Pablo VI sobre el Concilio", único intérprete auténtico del mismo, pues esos son los que sigue con toda fidelidad el autor.

Si al leerlos te asiste la gracia de Dios, se te marcharán ignorancias y confusiones.

Este libro no quiere ser un comentario de los Decretos y declaraciones del Concilio Vaticano II.

Derrama el autor sobre tantas preguntas, hijas de la ignorancia, o, tal vez —como él dice— de la confusión, respuestas de "viva luz que se difunde grata".

Léelas, léelas, y haz que las lean cuantos buscan la verdad con alma abierta.
25 de marzo de 1968.

Marcelino

Arzobispo dimisionario de Valencia y Presidente
de la Comisión Episcopal de Seminarios

ANTONIO PEREZ DE OLAGUER, UN HOMBRE DE BIEN

Me confieso un poco embarazado al empezar a pergeñar estas cuartillas. Ha muerto un amigo. Se ha ido Antonio Pérez de Olaguer "de puntillas", como dijo en "La Vanguardia Española" Guillermo Díaz Plaja. ¿Qué vamos a decir de un amigo que nos deja de puntillas, que nos deja casi sin decir adiós, como el que se despide a la francesa?

Pero es que Antonio Pérez de Olaguer se nos ha ido tan calladamente, tan de improviso, porque tenía el aire de sonreír. Y las grandes cosas — como morir — han de hacer sonriendo. Y, así como cuando uno está triste y enfurruñado, escandaliza, y todos le advierten, y molesta, y embaraza, y se hace incómodo, cuando alguien sonríe, como la sonrisa es natural como las flores, nadie se alborota ni se encrespa, porque nadie se ha dado cuenta.

Lo que he de rectificar, rotundamente, en lo que he insinuado al empezar este rápido pergeño, es que se fuera sin despedirse. ¿Presagiaba su muerte Antonio Pérez de Olaguer? ¿Un ángel, de esos rubicundos y rosados que inspiraban sus narraciones de la revista "La Familia", le contó al oído su viaje de incógnito para el cielo? Lo cierto es que nos dejó un adiós; y este adiós fue su último libro, "Mi padre un hombre de bien".

Y como de tributar un homenaje al que se ha ido se trata, creo que nada mejor que comentar su despido, el saludo impreso que nos dejó teñido de emoción y de sangre.

Un historiador de su familia. — Yo he tenido la suerte de conocer de cerca a Antonio Pérez de Olaguer, e incluso de colaborar con él en la revista "Momento". Pero no siento suficiente agilidad en mi pluma, ni alacridad en el corazón, para hablar del hombre. Como que además, con él me acaba de suceder otra cosa: una cosa sorprendente. He leído el libro "Mi padre..." y me ha parecido que volvía a entablar amistad con su autor: que me encontraba con un Pérez de Olaguer, que, si no era distinto del que yo conocía, era en muchos aspectos nuevo.

Y es que en la obra de que trato, el escritor, el hombre, se nos presenta en sus dimensiones más profundas. Del lazo conocíamos la superficie de ondas de plata, y he aquí un fondo de arenas, algas y peces que componen un mosaico o un tapiz que son un verdadero primor. Quien no haya leído con atención esta su obra última, que con cálidos elogios prologa Bartolomé Soler, se quedará sin conocer los paisajes más bellos de alma de caballero que se ha ido, hace pocos días, de nuestra Barcelona — de nuestro mundo —.

Pérez de Olaguer, en "Mi padre...", se define como hombre y se define como artista. El que sepa leer acudirá sin perder tiempo a los pasajes clave, porque éstos son suculentos, y no

tienen desperdicio, y uno se halla con que creía conocer a un gran señor, a un periodista, a un publicista ágil, a un defensor de las ideas tradicionales, y se encuentra con la sorpresa de que el hombre modesto, el hombre sencillo y cordial, el hombre generoso y bueno, es ni más ni menos que un historiador de tomo y lomo — con todo lo que de elogioso tiene este apelativo —.

Me atrevo a hablar así porque, cuando la obra adquiere una fuerza insospechada, es en aquellos momentos en que de la consideración de la familia, y del ambiente hogareño, Antonio Pérez de Olaguer pasa a la narración de lo que tiene un valor y una significación de signo universal.

Diríamos que "Mi padre..." es la historia de una familia; pero historia dentro de la historia, la historia privada se mete dentro de la historia pública y es esto último lo que más vale.

Una evocación de la revolución española. — He de confesar que, en un momento de la lectura, me ha arrebatado un extraño impulso... Sentía la necesidad de huir. Era mucho, era demasiado. La crudeza, la fuerza, la verdad tremenda y descarnada de lo que estaba ocurriendo, pueden más que uno mismo, máxime si, como en mi caso, creía asistir — con pelos y detalles — a una repetición de acontecimientos semejantes que danzaron con alaridos dolorosos alrededor de mi vida. Antonio Pérez de Olaguer no ha escrito un libro más sobre una coyuntura española: ha escrito un libro que tiene una impronta peculiar, y es la de repetir en cada uno de nosotros el eco de gritos desgarrados que en unas horas trágicas atormentaron nuestros oídos. ¿Para qué evocar ahora los detalles, tan llenos de sinsabor, del sacrificio de una familia? ¿Para qué hablar de las horas en el hotel Blancafort de La Garriga, en busca de un refugio que, a la postre, hubo de convertirse en una trampa cruel?

Me basta con decir que aquello es real, muy real, humano, tremendamente humano, y, no sé yo cómo decirlo, que en algunos momentos, los personajes se mueven dentro de una luz de fulgores épicos.

Un narrador ágil. — Repito que la lectura de las páginas de la revolución me caló muy profundamente. Me estremeció, me hirió con crueldad, hizo vibrar las fibras íntimas de mi ser. Pero, si Pérez de Olaguer, amigo dilecto, logra esto, es porque Pérez de Olaguer, además de ser historiador, es narrador.

En efecto, cuando narra nos tiene suspensos, y asombrados, y como pendientes de su palabra, el prosista que nos ha dejado, para gozar del reposo y de la justicia que los escritores de la tierra sólo alcanzan a la sombra dorada del eterno árbol del Paraíso.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

DONDE LAS PERSONAS HONRADAS
NO TIENEN TANTA AUDACIA COMO
LOS MALVADOS, DOY EL PAIS POR
PERDIDO

F. ROOSEVELT

CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS ALEMANES

(Continuación)

Es preciso ahora examinar serenamente un problema difícil que hoy, sobre todo, pone en peligro en muchos cristianos su fe y su filial y sencilla sumisión a la autoridad del magisterio eclesiástico que en el ejercicio de su poder puede incurrir y ha incurrido en errores. La Iglesia ha sido siempre consciente de que esto es posible y lo ha afirmado en su teología y ha desarrollado normas de comportamiento para estas circunstancias. Estas posibilidades de error no se refieren a las verdades proclamadas con definición solemne del Papa o del Concilio Ecuménico o enseñadas por el magisterio ordinario como proposiciones que exigen absoluta sumisión de fe. No es verdadera históricamente la afirmación por la que se habrían aceptado errores en estos dogmas. Es lógico, sin embargo, que, aun conservando el sentido original de las verdades definidas, se puede y se debe analizarlas, purificándolas de malentendidos determinados en el tiempo. Pero, aparte de esto, se sabe que en la Iglesia, además del derecho inmutable y divino, existe también un derecho mutable y humano, y que decisiones "mudables" no tienen nada que ver con el error; a lo más, se puede plantear la cuestión sobre la oportunidad de una u otra decisión.

Confianza en el Magisterio de la Iglesia

En lo que concierne a un error o a la posibilidad de un error en la enseñanza eclesiástica no definida — que por lo demás puede obligar en grados diversos — es preciso advertir a normas de pensamiento y acción que, aun sabiéndolas contingentes en sí mismas, son tenidas "hic et nunc" como las mejores. Todos saben esto por su propia vida: el médico en su diagnóstico, el estadista juzgando la situación política y sacando consecuencias. También la Iglesia en su doctrina y praxis no puede siempre ponerse a toda costa ante el dilema: decisión dogmática definitiva o silenciar y dejar todo al arbitrio de los particulares. Aparte de tutelar la sustancia íntima de la fe, la Iglesia debe, aun a riesgo de incurrir en cada caso en un error, formular enseñanzas que tienen un cierto grado de obligatoriedad, y, sin embargo, por no ser definiciones de fe, tienen en sí mismas un cierto carácter de provisionalidad que llega precisamente hasta la posibilidad del error. De otra suerte no podría anunciar, interpretar, aplicar la fe — como norma de vida — a situaciones concretas. De esta suerte el cristiano se encuentra ante la Iglesia en una situación análoga a la del hombre obligado a seguir la indicación del perito, aun con conciencia de que no es infalible.

Opiniones contrastantes con la doctrina eclesiástica no definida no deben ser en modo alguno objeto de predicación o catequesis, aun teniendo a veces que expli-

car a los fieles el carácter y el valor limitado de algunas decisiones doctrinales de la Iglesia. Sobre esto se ha hablado ya. Quien cree poder tener ideas personales y poseer desde este momento los más profundos conocimientos futuros de la Iglesia debe preguntarse — con crítica fría y a sí mismo —, ante Dios y su conciencia, si en ese determinado punto de la disciplina teológica tiene verdaderamente la amplitud y profundidad de doctrina necesarias para poder alejarse en la teoría y en la praxis de la enseñanza del magisterio eclesiástico. Un caso semejante es fundamentalmente pensable. Pero el presuntuoso y arrogante, que cree saberlo todo mejor, tendrá un día que dar cuenta ante el tribunal de Dios.

El esfuerzo serio por descubrir la importancia de una enseñanza provisional de la Iglesia y por asimilarla forma parte de la actitud recta de la fe en un católico. Y de la misma forma que en la vida profana, donde se dan graves decisiones sobre la base de serios pero falibles conocimientos, nadie en la Iglesia debe avergonzarse o sentirse afectado cuando antepone la doctrina eclesiástica a su propio pensamiento, aun sabiendo desde el principio que no tiene un valor definido. Es muy posible que a veces el progreso doctrinal de la Iglesia vaya con lentitud. Sin embargo, es preciso ser cautos y modestos en este juicio. Pues el desarrollo doctrinal de una Iglesia de hombres históricos necesita tiempo, no puede realizarse con una prisa que no le permita la segura certeza de que nada habrá perdido de la sustancia de la fe cristiana.

No debemos temer no estar a la altura de las exigencias del tiempo si aceptamos el juicio de la Iglesia. Los graves problemas de nuestro tiempo, a los que debemos dar respuestas sacadas de la fe, ya nos obligan suficientemente a estudiar las verdades cristianas. Aunque se pueden poner nuevos acentos. Esto no significa poner en duda la fe, sino más bien profundizar mejor en las verdades reveladas y en la doctrina de la Iglesia. Pues estamos convencidos — y la experiencia nos lo confirma — de que, si entendemos la fe según el espíritu de la Iglesia y tratamos de profundizar en ella cada vez más, no debemos repudiar ninguna verdad por motivo de nuestra fe cristiana, ni debemos renegar de la fe por motivo de ninguna verdad.

La predicación, transmisión del testimonio apostólico

La predicación cristiana de la salvación, paragonada, por ejemplo, con la de las antiguas religiones misteriosóficas paganas, se distingue por el hecho de que está ligada a la historia, es decir, porque tiene su motivo de ser en la persona y en la obra de Cristo en Nazaret.

Tan fundamentado estaba este particular en la conciencia de los primeros misioneros, que se tenían como testigos y consideraban su misión como un testimonio. El contenido del testimonio se refiere a acontecimientos que los mismos Apóstoles vivieron junto a su Maestro "desde el bautismo de Juan hasta el día en que se elevó de entre nosotros" (Hechos, 1, 22).

Pero el valor real de los acontecimientos narrados por los testigos no se agota completamente, según lo dicho por ellos mismos, en una sucesión externa de hechos; por consiguiente, no descansa sobre esto su testimonio. De acuerdo con lo que ellos mismos habían vivido habían llegado a la convicción de que la persona y la obra de Cristo no eran de una naturaleza particular: eran realidades de salvación. Bajo la dirección del Espíritu del Señor glorificado, los discípulos reconocieron el carácter salvífico de este acontecimiento y lo pusieron bien de relieve en su testimonio. El relato histórico y la referencia al contenido salvífico son tan inseparables en el testimonio apostólico que no puede presentarse el uno sin el otro. No resultaba nuevo a los primeros testigos, pertenecientes al pueblo de la Antigua Alianza, el que acontecimientos de la historia terrena pudieran tener un valor histórico-salvífico. Conocían lo que se había realizado, en las palabras y en los hechos pertenecientes a la historia de Israel; sabían las promesas que se habían hecho para el cumplimiento de la revelación en el momento culminante de la historia de Israel para el fin de los tiempos. Y estaban persuadidos de que habían podido experimentar que tales promesas se habían cumplido en las palabras y en las obras de Jesús. Por esta continuidad de la historia divina de la salvación, desde Abraham hasta Jesús, la joven Iglesia reclamaba, definitivamente, para sí los Libros Sagrados de Israel.

Para comprender el significado de la revelación contenida en los libros inspirados es preciso entenderlo en la forma en que lo entendieron sus autores. La forma literaria de los libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, responde al ambiente en que fueron escritos. Ni siquiera en los pasajes históricos se encuentran categorías mentales y verbales idénticas a las actuales. También porque los autores no estaban preocupados por reconstruir cronológicamente y minuciosamente dichos y hechos, sino por descubrir su significado salvífico, encuadrándolo en el ambiente de entonces y presentándolo en forma de predicación pastoral.

A este respecto, la llamada historia de las formas y la historia de la composición han prestado recientemente una preciosa contribución a la comprensión de la Sagrada Escritura. Estos dos métodos, sin embargo, proporcionarán un resultado seguro solamente si se aplican con-

juntamente y con la debida cautela. De esta suerte, por ejemplo, los Evangelios no pueden ser considerados unilateralmente como "Escritos para servir a la profesión de fe", sino que deben también ser juzgados como escritos de índole histórica, destinados a ofrecernos en su lenguaje una imagen auténtica de Jesús y de su obra. La afirmación del evangelista Lucas, que se lee en el prefacio de su evangelio, según la cual pretende referir concienzudamente las cosas sucedidas en nuestro derredor (Lucas, 1, 1) vale para toda su obra. Por tanto, no puede considerarse una investigación concienzuda, dispensada sin más — ni siquiera en la narración sobre la infancia — de la investigación sobre el fondo histórico.

Historicidad de la salvación

La salvación se realiza en el curso de la historia terrena; por este motivo ha sido posible testimoniarla solamente de forma histórica. Este testimonio ha quedado fijado en documentos escritos los cuales pertenecen también a la historia. Con ello tenemos ya la motivación y la premisa de que el testimonio bíblico de por sí puede y debe ser examinado con los mismos métodos de que dispone la ciencia histórica. El método histórico crítico no se limita a averiguar positivamente lo que en los escritos antiguos fue referido como acontecible, sino, de acuerdo con su índole crítica, distingue y juzga, entre otras cosas, si cuanto se refiere pudo efectivamente suceder, y cómo sucedió realmente. A este fin se sirve de ciertos criterios. El tipo de criterio y la procedencia de los mismos influyen de forma determinante en el resultado final de la investigación.

Es preciso anotar aquí que con frecuencia resulta difícil saber y, por consiguiente, no se puede tratar de ello en esta carta, cuáles son las concretas premisas crítico-teológicas y hermenéuticas establecidas por la mayoría de los representantes de las diversas corrientes teológicas actuales, y lo que resulte para una interpretación adecuada y justa de sus doctrinas. Sin embargo, es importante, desde el punto de vista de la Iglesia, la cuestión de cómo en realidad son entendidas estas doctrinas por la media de sus seguidores y la masa de los fieles. Bajo este aspecto la Iglesia, aun apreciando debida y adecuadamente el esfuerzo por conocer más profundamente la Sagrada Escritura, tiene el derecho y el deber de pronunciar una clara negativa cuando esta doctrina sea entendida efectivamente de una forma que provoque el debilitamiento de la fe cristiana, independientemente del hecho de que corresponda o no al fin último que se prefijaron los autores. Desde este punto de vista, y con esta reserva, ha de comprenderse y considerarse lo averiguado.

(Continuará)